

# punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

No. 243  
ISSN: 0188 — 381X

# OBJETOS



...tesco desfiladero, con  
...e 1.200 a 1.500 m y máxima  
...por el río Colorado a su paso a tra  
...meseta del mir... y caracteriza  
...una sucesión... picos, abis  
...s y espolones d... amente com  
...sensible el orig... ste verdade  
...prodigio de le... arte, tampoco  
...los científic... xplicación con  
...vincente... del río no se  
...corres... de la región;  
...d... riente del  
...ción de  
...s, pre-  
...ce uno  
...borado  
...do de  
...la  
...ac-  
...mient  
...de 193  
...ados tien  
...terfederal, su «js...  
...nado... Congreso leg  
...o de... donde es  
...queda... de de la  
...vo. S... os en  
...s es... al  
...erve...  
...las  
...que  
...ajo  
...ba-  
...r la  
...te:  
...servic  
...es.  
...al Est  
...residen  
...s a la  
...on obli  
...nse Constitución  
...negros los mis  
...an los blancos.  
En 1871, enero de  
...habían sido llamado en en la Unión  
...ue el número total se elevó a 38  
...entes cincuenta años, a me  
...ric...

presas más codiciadas.  
Izquierda: mujer con su  
hijo metido en el «amaut»  
piel de foca.  
...re estas líneas: la  
«Sikak», barca de 9 m de  
zona...nstruida con pieles  
prim...nsadas sobre  
poró m...  
Unidos. K...  
dirigió Jo...  
el Gran G...  
una detall...  
ficas, geol...  
más espec...  
es ho...

igantesca g...  
el río Color...  
os fenómen...  
astra, cada 24...  
reladas de det...  
redes de las ro...  
pagistrada gran pa...  
lierra: los colores d...  
horizontales cuental...  
Vótiles se pueden s...  
vida en nuestro plan...

...de los  
...odo el m...  
...riqueza  
...za de la  
...Canadá, l...  
...e pobladas  
...us habitant...  
...el extremo s...  
...a la ciudad

mentado em...  
...construir c...  
...ada por las  
...estadounide...  
...casas bajas,  
...fecha recien...  
...cios de má...  
...o cuando  
...cuya fisio...  
...stos (la co...  
...es la más i...  
...del Pacífico...  
...ancisco). El...  
...península o...  
...mar y el fio...  
...rbana abarca...  
...se de este a oes

punto  
de partida

No. 243

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

# Número 243, enero-febrero 2024

UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Leonardo Lomelí Vanegas

**Rector**

Rosa Beltrán

**Coordinadora de Difusión Cultural**

Anel Pérez Martínez

**Directora de Literatura  
y Fomento a la Lectura**

---

PUNTO DE PARTIDA

**Dirección:** Carmina Estrada

**Edición:** Aranzazú Blázquez Menes

**Redacción:** Alejandro Arras

**Diseño original:** Jonathan Guzmán

**Diseño de este número y**

**dirección de arte:** Anilú Zavala

**Difusión:** Axel Alonso

**Asistencia secretarial:** Silvia Rodríguez

**Impresión en offset:** Litográfica Ingramex, S.A.

de C.V. Centeno 162-1,

Col. Granjas Esmeralda, Ciudad

de México, 09810.

---

**Punto de partida**, Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México, 04510.

[www.puntodepartida.unam.mx](http://www.puntodepartida.unam.mx)

[www.puntoenlinea.unam.mx](http://www.puntoenlinea.unam.mx)

Tel.: 56 22 62 01

Dirigir correspondencia y colaboraciones a  
[puntodepartidaunam@gmail.com](mailto:puntodepartidaunam@gmail.com)

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

*Punto de partida* es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524.

Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

 @Puntodepartidaunam

 @P\_departidaunam

 @puntodepartida\_unam

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos, forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

ENERO — FEBRERO

EDITORIAL

OBJETOS

CARRUSEL

TINTA SUELTA

Editorial . . . . . 5

*Harta cháchara: el placer de acumular*

Ana Paula Sierra Reyes . . . . . 9

*Murciélagos*. Clemente Guerrero . . . . . 12

*Alabanza a la pijama*. Laura Sofía Rivero . . . . . 14

*Reconstrucciones*. Mariana Soto Almaguer . . . . . 16

*Los tickets en la cartera también son recuerdos*

Sara Herrmann . . . . . 20

*La República Popular de los Gatos*

Luis Fernando Rangel . . . . . 26

*La vida secreta de los electrodomésticos*

María José González Camarena . . . . . 31

*La casa*. Omar Méndez Sámano . . . . . 36

*Corporalidades de lo etéreo*. Natalia Ramos . . . . . 38

*El arte del ajolote o la próxima vez que Etgar Keret*

*venga a México*. Adrián Cabrera . . . . . 44

*Dos poemas*. Joaquín de la Torre . . . . . 46

*Sobre el vuelo de la flecha*. Ausías Meza . . . . . 52

*Louise Glück: el vacío no está vacío*

Jesús Fabián Tapia Quintero . . . . . 58

*Pocket abuelitas: una colección de memorias*

Uriel de Jesús Santiago Velasco . . . . . 62

*Una guía en la bóveda celeste*. Itzel Robles . . . . . 69

*Los cuidados sostienen al mundo*. Alegría Mendoza . . . . . 71

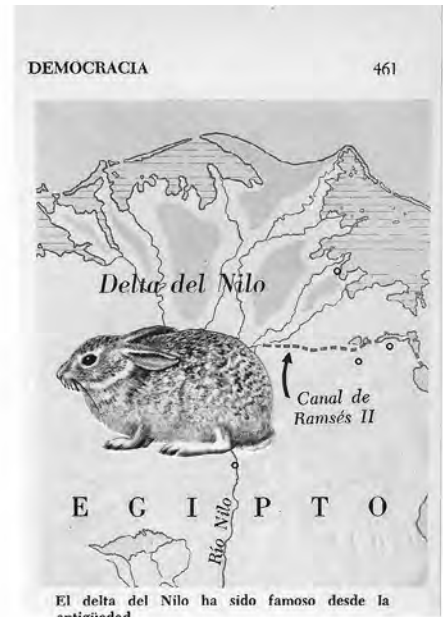
*Puerta*. Caos Ilustrado . . . . . 73

Colaboradores . . . . . 77

© Cynthia Blanco



**María José González Camarena**  
(Ciudad de México, 1991). Editora, escritora y artista visual. Ha colaborado en la edición de libros infantiles y juveniles, ha publicado textos y *collages* en diferentes medios impresos y digitales y ha participado en exposiciones colectivas.  
@ italusa.jpg



CONTRAPORTADA



**Natalia Ramos**  
(Jalisco, 1993). Artista visual e ilustradora. Estudió cinematografía en el Tec de Monterrey (Guadalajara). Hizo un posgrado en Dirección de Arte en Elisava, Barcelona. Su trabajo ha sido publicado en *The New Yorker*, *New York Times* y *The Atlantic*. Ha expuesto en las galerías Guadalajara90210, Llano, Espacio Cabeza, Visa Projects, entre otras.



---

## Editorial

---

SU PRESENCIA EN NUESTRA vida es total, irremediable. Tanto, que ni sus más obstinados detractores —los minimalistas— han logrado deshacerse de ellos. También tienen club de fans —los coleccionistas— que los convocan, casi siempre contra su voluntad, según su historia, su rareza o su apariencia, y casi nunca por su utilidad. Los OBJETOS están por doquier, incluso en estas páginas; aquellos sobre los que escriben los autores y autoras de este número son, en su mayoría, cotidianos: pijamas, cubiertos, peluches, libros, muebles y una que otra cháchara —maravilla de palabra del español—.

Sobre estas últimas escribe Ana Paula Sierra; esos *recuerditos* que pueblan las vitrinas familiares y la infinidad de fotos que satura nuestras memorias digitales representan la ironía de acumular hasta el olvido. Seguimos con “Tenedor”, “Cuchara” y “Cuchillo”, una brevísima muestra del poemario *Murciélagos*, primer libro de Clemente Guerrero y volumen 25 de las Ediciones de Punto de Partida. Luego, el ensayo de Laura Sofía Rivero, “Alabanza a la pijama”, nos contagia la tentación de enfundarnos en la comodidad de la holgura y el desenfado. Mariana Soto Almaguer —la autora más joven de este número, nacida en 2006— escribe “Reconstrucciones”, un poema que encuentra en el duelo las herramientas para “encajar de nuevo en casa”.

A través de una serie de imágenes hechas con fotografía y *collage*, Sara Herrmann encuentra en los genéricos tickets de compra la oportunidad para visitar momentos significativos y narrar una historia personal. Eso permiten las colecciones. Así también, el cuento de Luis Fernando Rangel, “La República Popular de los Gatos”, transcurre en un paisaje melancólico donde lo coleccionable no es tanto lo material, sino lo irreparable. Le sigue “La vida secreta de los electrodomésticos”, quince mini ensayos autobiográficos que abren una ventana a los rituales, las mañanas, los hallazgos y las observaciones cotidianas de María José González Camarena —autora de los *collages* que acompañan otros textos—. Los siguientes poemas, que Omar Méndez Sámano reúne bajo el título de “La casa”, toman por tema tres objetos imprescindibles para comenzar un hogar: una mesa, un refrigerador y una cama.

Pausamos por un momento la palabra para escuchar otro lenguaje de los objetos. Las esculturas de Natalia Ramos nos hablan en términos de siluetas, presencia y encuentros de formas inesperadas. La artista nos comparte una muestra de su obra que, en su diversidad material, converge en una exploración de lo vertical. Volvemos con una colección de colecciones: la biblioteca personal; en la de Adrián Cabrera, autor de “El arte del ajolote”, los libros de Etgar Keret ocupan un lugar especial, pues el humor de su estilo es una herramienta para enfrentar los vacíos de la vida. La última serie de poemas del *dossier* la escribió Joaquín de la Torre; en ellos, los ob-



POESÍA



NARRATIVA



ENSAYO



ENTREVISTA



RESEÑA



ILUSTRACIÓN



FOTOGRAFÍA



NARRATIVA  
GRÁFICA

jetos parecen ser espectadores de las escenas de la vida. Cerramos esta parte con un excelente ensayo de Ausías Meza, que discurre “Sobre el vuelo de la flecha”: la domesticación recreativa de un objeto mortífero.

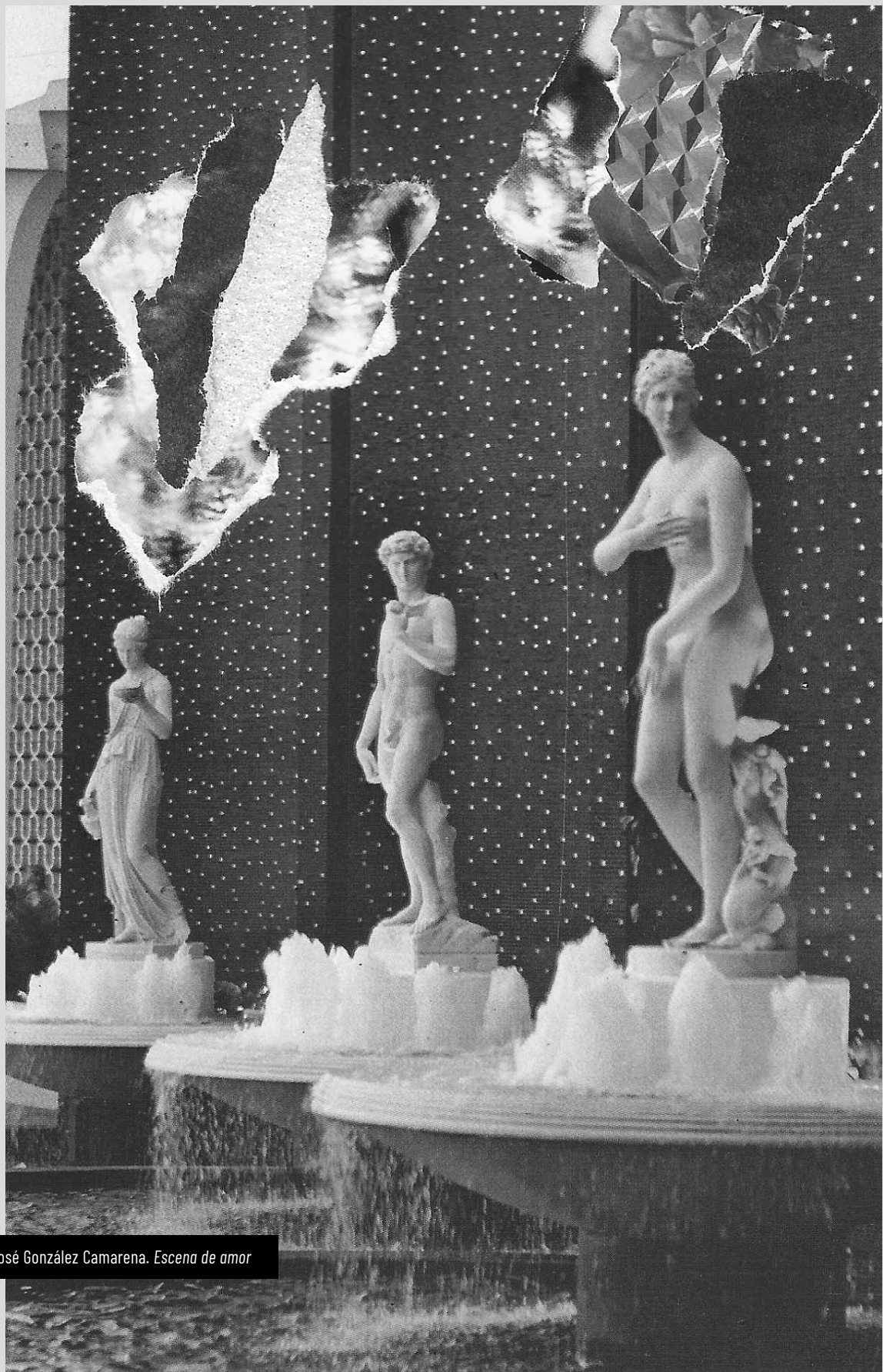
En el Carrusel iniciamos con un ensayo de Jesús Fabián Tapia Quintero sobre el vacío, las pérdidas y los silencios como la materia prima de la poética de Louise Glück. Para Entre voces, Uriel de Jesús Santiago Velasco entrevistó a David Calderón Zonana Uziel Malca a propósito de su proyecto *Pocket Abuelitas*, una colección de fanzines a través de los cuales recopila recetas tradicionales de la comunidad judía en México. Después, dos reseñas: Itzel Robles escribe sobre *Alguien que me nombre*, primera novela de Sofía E. Mantilla, que fue resultado del Primer Programa de Tutoría en Novela convocado por la UNAM. La segunda reseña, de Alegría Mendoza, es sobre un libro que seguramente será —o ya lo está siendo— un parteaguas generacional en la reflexión sobre las maternidades: *Fruto*, de Daniela Rea. El cómic de este número estuvo a cargo de Sofía Altieri, ilustradora poblana que nos regala una historia tierna sobre un objeto inusual: una puerta chiquitita.

Pasen, pues, a estas páginas, no sin antes advertir la sorpresiva juventud de algunas autoras, varias de ellas nacidas en los primeros años de este milenio. Es muy grato que en una misma colección de textos conviva el talento de generaciones distintas. Que disfruten este número. ¡Feliz 2024! 📖

**Aranzazú Blázquez Menes**



**OBJETOS**



María José González Camarena. *Escena de amor*



---

# Harta cháchara: el placer de acumular

ANA PAULA SIERRA REYES

## I

ANTES FUE UNA BOLSA DESECHABLE, luego una de tela. Fue una caja de madera y ahora una de plástico. Descansó en un cajón, bajo la cama y en un librero. Sé que para otros puede ser una caja de zapatos, una vieja alcancía, una cosmetiquera o un folder arrugado. La caja de recuerdos es la posesión más cursi de quien se admite un sentimental. Es el supuesto sucedáneo del cerebro, que dice monopolizar la tarea de la acumulación de las memorias, al guardar unas cuantas cositas en un lugar especial, extracorpóreo y perceptible.

Yo no le creo al cerebro. Sí, seré una cursi por tener la cajota esa que no tiene un lugar fijo, llena de dibujos, notitas y llaveros de viajes a Acapulco a los que no fui, pero sé que necesito esos objetos para recordar. Sé que no hay forma de que memorice las cartitas que me dio mi novio cuando empezamos a andar, ni la lista de cosas por hacer antes de morir que escribí con mi amiga Mariel en segundo de secundaria.

No, no hay forma. Mi cerebro no puede recordarlo todo por más que quiera. La incertidumbre empeora cuando pienso que mis células nunca son las mismas, que se renuevan en periodos. Puede ser que alguna de ellas olvide el olor del perfume empalagoso de esa amiga que me dejó de hablar inexplicablemente, y que lo único que detenga al recuerdo de esfumarse sea esa hoja rosa en la que escribió con letra gordita una felicitación de cumpleaños y la promesa de una amistad perenne.

Sé bien que ella y yo ya no somos amigas (y dudo que una de las dos quiera volver a serlo) aunque nos tengamos agregadas en redes sociales. Sé que mi novio podría escribirme otra carta a petición o voluntariamente. También sé que Mariel y yo ya no soñamos con ponerle letra a una canción, pero la idea de alejarme de la sensación de cuando esas cosas tenían la tinta fresca, y no tenían manchas de tiempo, me resulta nauseabunda, casi como la reacción violenta e instantánea tras recibir un balonazo en el estómago durante el recreo.

## II

Mi abuelita tiene una vitrina, como muchas otras abuelas y mamás. En México, y probablemente en muchos otros lugares de Latinoamérica, existe la peculiar costumbre de mantener un lugar predilecto para los recuerditos de bodas y XV años, aunque la fiesta haya sido de la prima de una prima. Su vitrina es muy similar a mi caja de memorias, nada más que la suya es de madera, grande y con muchos años; quizá también es un poco menos personal. Se parece a las 15 mil fotos que tuve en el celular durante la secundaria, que se fueron cuando el teléfono dijo *hasta aquí*.

A pesar de su parecido, mi celular y su vitrina tienen un gran punto de desencuentro: su vitrina tiene pedazos de la avenida 20 de noviembre de por ahí de los

ochenta, de Peña de Bernal, de Acapulco en el 98 y de algún punto de Roma, mientras que la galería de mi celular apenas se desliza en un porcentaje de los años de mi vida. El chiste de su vitrina es que tiene cosas de otros ranchos, y fácilmente podríamos llamar viajeros internacionales a los insectos que pudieran habitar en ella. Pero no hay un alma alada ni una antena a la vista; la vitrina está completamente sellada.

Mi abuela no sabe si el plato con un detalle de la Venus de Botticelli se lo dio Mayo o alguien más, ni cuál fue el origen exacto de cada una de las figuras de cerámica. Pero seguro se acuerda de algo al ver esos objetos: de cuando *unas visititas* abrieron la vitrina —como yo nunca he podido hacerlo sin permiso en los casi 22 años con los que cargo— y tiraron las figuras, transformándolas en basuritas sobre la alfombra.

Las “hartas chácharas”, como les dice ella, sirven para acordarse. ¿De quién? No importa. Lo que importa es acordarse. ¿De qué? Tampoco importa. Lo que importa es acordarse.

### III

Cuando ya no queda espacio en un librero, cuando ya no entra nada en el folder marcado como *importante*, cuando la memoria del teléfono dice *almacenamiento lleno* o cuando el pensamiento de deshacerse de todo llega, suena a amenaza, a ultimátum desalmado.

Llegó un momento en el que tuve que revisar mi celular para borrar carpetas enteras de *screenshots* de productos que ya no están a la venta, fotografías del pizarrón que nunca serán revisadas, el menú del restaurante al que no fui y la fotografía duplicada de la que no decido cuál dejar. Una decisión irrealizable. Lo dejo, lo cierro, lo pospongo y lo olvido; un interminable ciclo de guardar, acumular, intentar borrar, desistir y olvidar se alimenta del miedo y la incertidumbre de pensar: “¿Se habrá ido algo importante?”

No fue hasta que se borraron accidentalmente varias carpetas que me di cuenta de que, en realidad, ni siquiera sabía qué tenía allí. No sé si todo lo que guardamos debería ser guardado, pero nos empeñamos en que cada cosa tenga un lugar.

Aferrarse a los objetos es aferrarse a la vida, a los recuerdos. Y yo me aferro a un recuerdo como si me aferrara a una pierna; aunque luego, entre tantos cambios de piernas (como en ese cuento del libro de lecturas de la SEP donde el ratón se cambia los pies en el camino) ya no sé cuántas tengo, igual que mi abuelita no sabe cuál fue la situación exacta en la que le regalaron la caja de música a mi mamá. Y sé que ella me dijo que los jarritos son de Quiroga, pero mi mamá me dijo que son de Santa Clara del Cobre.

### IV

Yo nunca he visitado Austria, pero en la casa de mi abuelita y en la mía habitan dos niños tirolenses. Están incrustados en un lápiz con una sonrisa perpetua en su carita de resina de poliestireno. En realidad no son útiles para nada, ni siquiera tienen punta, pero sí tienen unos pies de cordón colgando sobre la palabra *Austria* y sobre



una etiqueta con las palabras *Eisenbahnstrasse 61, 1190 Vienna, Austria* que, supongo, indican una dirección. La busco en el Street View de Google y veo que es el lugar de origen de los recuerdos: un edificio de un naranja raquítrico frente a una barda de piedra un tanto más interesante por el simple hecho de que tiene un aspecto demasiado cuidado para lo que es.

No puedo decir que saber que el lápiz viene de Viena me hizo sentir que viajé allí. Es más, puedo decir que el Street View fue más útil para enseñarme algo de una ciudad que, por lo menos ahora, no tengo planes ni posibilidades de conocer. Pero estoy segura de que no me importa que sea de Viena, y a mi abuelita tampoco, sino que la importancia de ese lápiz de madera con niños tiroleses encima radica en que, aunque estuviéramos a 10 145 kilómetros de distancia, mi tío pensó en llevarle algo a su sobrina y a su mamá. Eso y tener algo más que meter en la vitrina y en la caja, simplemente por el placer de acumular hartas châcharas. 📍

✎ Caos ilustrado





# Murciélag

CLEMENTE GUERRERO

## Tenedor

Qué placer traspasar a tu antojo,  
como si no pesara sobre tus hombros  
la palabra civilización.  
Intentas copiar la forma de una cuchara  
y se te escurre lo vital.  
Tienes urgencia  
de sentirte completo, del cuchillo.  
Necesitas sentir lo que te corta.

## Cuchara

Tú, que fuiste un avión  
jugando en las sillas de la infancia;  
dime quiénes,  
cuántos rostros, en tu espejo de sopera.  
Sé que no ha sido fácil que te usen,  
que hablen tan mal de ti,  
pero quiero decirte  
que todos encontramos el amor.

## Cuchillo

Él siempre tiene sed. No duda  
en rebanar a quien se le ponga en la tabla:  
desde la tímida mantequilla  
al más escamoso de los peces:  
Siempre con tanto  
y tanto  
en la cabeza,  
siempre con aquello  
de darle a cada quien lo que merece,  
dependiendo de la mano que lo empuña.  
Negando siempre su acento francés tan  
[guillotino,  
su figura de amargado romboide,  
su mucha estatura  
como si fuera dibujada una línea recta  
que no termina de escribirse  
así como las venganzas  
que han pasado por su hoja  
y que algunos llaman justicia.

Estos poemas forman parte del libro *Murciélag* (2023), vol. 25 de las Ediciones de Punto de Partida, de la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura, UNAM.





# Alabanza a la pijama

LAURA SOFÍA RIVERO

NINGUNA SENSACIÓN COMPARABLE a despojarnos de la ropa y disfrutar la comodidad de la holgada, casi maternal, pijama. Aun en el encierro, se siente como un llegar a casa. Si la corbata es símbolo del trabajo y el gorro frigio de la libertad, la pijama lo es de la flojera. Una pijama cabal no tiene pretensiones: apenas quiso ser contorno humano; el cuerpo en su expresión mínima, sin labrar ninguna curva, sin adornar ningún vértice. Es casi un boceto de ropa. Parece fabricada con la misma pereza que nos contagia su uso. Uno la viste para decir váyanse todos, no estoy disponible. Tiene algo de huida. Fatigados del mundo exterior lleno de ruido, facturas, pendientes, sonrisas falsas, nos libramos de ese peso y regresamos, tan pronto nos hemos enfundado en nuestra pijama, a un paraíso mínimo.

¿Cómo pudo la humanidad vivir sin ella hasta entrado el siglo XVII? Los griegos y romanos dormían con su ropa de día: se entregaban al profundo sueño después de tan sólo quitarse el cinturón. Aunque una acción mínima, probablemente la habrán disfrutado con un gozo similar al nuestro: ese que lanza los zapatos al vacío, desbrocha un asfixiante brasier, libera el abdomen de las buenas maneras a las que nos incitan las camisas. No obstante ello, me resulta difícil concebir que una sola vestimenta funcionara para la vida pública y la vida de cama. Del ágora a la alcoba, del mercado a las cobijas. Para mí, la mayor felicidad que nos otorga la pijama es darle la espalda al mundo para amodorrarnos en su secreto. ¿Habrán dormido mejor o peor los seres humanos de la antigüedad? Aunque nosotros hemos hiperdesarrollado una tecnología del confort, quizá la brega de una vida acostumbrada al intenso trabajo físico les proporcionaba un descanso rotundo. Me pregunto llena de curiosidad si el sueño de Cervantes, Hildegard von Bingen o Sócrates habrá sido más sabroso que el nuestro.


Por su propio nombre quizá resulte fácil intuir que debemos el uso de la pijama a Oriente. Algunos dicen que fue creada en la India, otros afirman que su expansión se debió al Imperio Otomano. Debido a las condiciones climáticas, servía para calentar el cuerpo por la noche. Al extenderse su uso en otras regiones, primero se le consideró una prenda de lujo destinada a las clases altas. Después las prendas íntimas, de casa, se asociaron al mundo intelectual. Conservamos, por ejemplo, una bonita pintura de Isaac Newton retratado por James Thornhill. El físico viste un cómodo *banyan*: una especie de bata muy amplia similar al kimono, que permitía relajar el cuerpo. Años después el erudito Benjamin Rush afirmó que la ropa holgada mejoraba las facultades de la mente, por ello los estudiosos solían retratarse con batas en sus bibliotecas. Y reprochaba que, en aras de mantener ese vigor mental, los intelectuales regresaban a mezclarse con el mundo con un desaliño despreciable. Siempre han existido detractores de los fodongos.




La pijama como prenda de lencería tuvo que esperar hasta el término de la Segunda Guerra Mundial, cuando la moda dejó de ser utilitaria. Se apropió del erotismo que implica su condición de umbral: da la bienvenida al espacio íntimo, invita a cruzar la línea que separa del exterior. Quizá porque además de cínica soy amante de las telas pachoncitas, reconozco que este paso de modernización me parece un despropósito. ¿Preocuparnos por nuestra apariencia también a la hora de dormir? ¿Para qué obstaculizar ese otro descanso, el de los ojos, las miradas y ser para los demás? Hace poco supe de un hombre que acude a sus citas románticas con una pequeña bolsa donde guarda su pijama, en caso de necesitarla. A diferencia de él, me divierte pensar que la pijama es, antes que nada, una disposición por dormir cómodamente; se materializa en camisas prestadas, ropa interior o, incluso, desnudez.

El tránsito entre la intimidad y la vulnerabilidad es mínimo. Por eso en los sismos, pandemias y otras catástrofes, las pijamas que no querían ser vistas evidencian nuestra incertidumbre. Recuerdo haber leído hace unos años una crónica de Juan Villoro sobre el terremoto de 2010 en Chile. Relataba que había asistido a un encuentro de literatura con varios escritores y, tras compartir la mesa en presentaciones y comidas, todos se retiraron a sus cuartos. El sacudido de la tierra los sorprendió por la madrugada con una magnitud de 8.8 grados. A las tres y media de la mañana, todos aquellos que horas antes habían hecho gala de vanidad, se reconocieron temblorosos, agobiados y vistiendo, ya no trajes ni gafetes, sino la pijama desvalida que poco alcanza a cubrir de nuestro pudor en esos momentos.

¿Qué dice de nosotros la pijama que elegimos para dormir? Las hay calientitas y calenturientas; hay quienes exponen su desvergüenza portando obras maestras de la moda matapasionos; otros tratan de conservar su elegancia ataviándose con seda. Toda pijama es óptima mientras no se convierta en obligación. En la enfermedad, después un tiempo, puede pesar como una losa. Vestirla durante muchos días la dota de un humor desagradable, un calor obscuro, casi húmedo, que sofoca. Necesitamos deshacernos de ella, desterrarla junto a nuestros malestares.

Una imagen similar suscitan las pijamas que se han convertido en el uniforme oficial de los desempleados. O aquellas en las que nos refugiarnos cuando la tristeza nos invade por completo. Más que un escudo que nos protege del dolor, manifiestan la firme determinación a dejar de intentar. Ante el desconsuelo, salir a buscar, ¿qué? Resulta atroz reconocer que nada está exento de convertirse en su opo-nente. Todo es frágil. El confort nos ahoga si se hace ley, un sitio del que no hay escape. Mas no tenemos otra alternativa: habrá que disfrutar, cuando aún nos es posible, de esa sensación de regresar a casa, respirar la intimidad y dejar de lado el estridente mundo; pues si la vida se alarga lo suficiente, la vejez, me temo, será nuestra maestra al enseñarnos que todo paraíso se anula cuando se vuelve permanente. 

 María José González Camarena.  
Corte y confección







## **DRIVE IN, azul eléctrico**

Dejas tu auto a la deriva,  
nuestros cuerpos son una máquina simple,  
todas las máquinas cumplen el principio:  
*la materia no se crea  
ni se destruye*  
sólo se transforma en un animal mudo,  
de agua dulce o salada.  
Aquí comenzó todo,  
en un ángulo agudo,  
punto de máxima intensidad.  
Terminó con la piel enmarañada  
iluminado por una lámpara de átomos amarillos.  
*Probablemente si abres la puerta  
no encuentres nada.*  
Pero algún día ya no estaremos  
y tú conducirás en automático  
mientras mi anatomía muta,  
en busca de encajar de nuevo en casa.  
Todos los días me veo en el espejo retrovisor,  
soy un *objeto*.

2. Una vez ablandado, se debe retirar la cera cadavérica, por lo que se diluye hidróxido de potasio en concentraciones más altas con alcohol. La pieza ahora es más turgente.

**FLASHBACK: Campbell, un libro sobre la vida.**

Cada célula proviene de otra célula  
es como cuando a pesar de la historia  
se cometen los mismos errores  
o cuando te das cuenta de que  
el infinito es sólo una repetición,  
entonces recuerdas que ante el daño  
el cuerpo se regenera.

*¿Cada cuánto soy alguien distinto?*

*Quizás sólo he sido lo que han hecho conmigo.*

La primera vez que te vi, yo era azul,  
entraba triunfante,  
como floreciendo  
por eso me hablaste,  
porque yo era un color  
¿Qué hubiera sido de no conocernos?  
estoy segura que no existían otras opciones,  
que era eso  
o el vacío,  
una muerte momentánea.

*3. Restauración: El espécimen es plenamente manipulable, por lo que se disecciona y se utiliza hipoclorito 10. En esta parte del proceso se busca teñir, reconstruir, arreglar detalles ya que la pieza quedará con todo lo que en esta etapa se le haga.*



## VOZ EN OFF

No has dejado las cosas desordenadas  
funcionas con electrodomésticos  
de los que te cuidas  
porque son un arma de doble filo.  
Morir en casa es fácil:  
Cada rincón es un clip  
que reproduce momentos significativos.  
Un hogar es una colección de carne  
que debe restaurarse  
*para asegurar la supervivencia.*  
Necesitamos los objetos más que a nuestro reflejo.  
Yo sé que me comporto como un vaso de vidrio en caída libre,  
y mi cuerpo cabe en una cámara fotográfica.  
Por eso me es lógico decir que los objetos sonríen:  
Llenos de júbilo miran  
*al mundo que han creado.*

*4. La conservación de la pieza ya restaurada es fundamental. De acuerdo con el objetivo que se busca es posible agregar formaciones artificiales y orgánicas para un aspecto más estético.*

Nota: Los cuatro pasos para la restauración se basan en el trabajo de grado del Dr. Julio César Franco Castillo, titulado *Restauración de piezas anatómicas*, Universidad Nacional de Colombia, 2013.

# Los tickets en la cartera también son recuerdos

SARA HERRMANN



Tengo la costumbre de guardar todos mis tickets en la cartera, es una acción automatizada desde hace años.



No me doy cuenta de la existencia del bulto de papel hasta que ya es demasiado grande y espacioso.







FARMACIA GUADAJARA, S.A. DE C.V.  
 AVENIDA DE LAS AMERICAS 1254 INT 096, P.2. BUENAVISTA, 361300  
 C.O. "COUNTRY CLUB C.P. 48610 REC-FG@30330303  
 SUS. FOR. "CARRIS DE PUEBLA PUEBLA  
 BLVD. FM. "PUEBLA 36613 ES 12179. RANCHO SANTA LUZ  
 PUEBLA, PUE.

CANTIDAD	DESCRIPCION	PRECIO
1	1 PZ LIND COMP STICK AIR ORIGINAL TUBO (PRECIO DE NOMINA: \$40.00 OFERTA \$30.00)	\$30.00
	<b>TOTAL</b>	<b>\$58.00</b>
	<b>IMPORTE</b>	<b>\$58.00</b>

IMPORTE: \$0.10  
 NUMERO DE ARTICULOS: 1

EL ITACATE IBERO PUEBLA

FOLIO: 29680  
 FECHA: 13/06/2023 02:39:50 PM  
 ORDEN: 86

CANT.

1	HOT DOGS CON PAPAS	\$50.00
---	--------------------	---------

EFFECTIVO: \$50.0000  
 TOTAL: \$50.00  
 CAMBIO: \$0.00  
 EL ITACATE IBERO PUEBLA  
 RFC: (XAXX00)1000  
 BOULEVARD DEL NIÑO POBLANO NUM. 2901 COL. RESERVA TERRIT. "EL ATILXAYOTL" SAN ANDRES CHOLULA PUEBLA PUEBLA HEXITO CP 72820

\*\*\*SOFT RESTAURANT VIO\*\*\*

Sara Herrmann  
 Bienvenido de nuevo a CINEPOLIS  
 Con esta compra del día tus puntos son:  
 Puntos Acumulados: 4.00  
 Saldo Actual: 20.25

227 CINEPOLIS COUZ DEL SUR  
 CINEPOLIS COUZ DEL SUR  
 8100 Forjadores de Puebla  
 81000 Loc. 1-11 S7  
 Coahuilancingo, Puebla CP 72700

Punto de Venta: 2270004  
 Fecha: 24/07/2023 04:45 pm  
 Trans: 4987083

Producto/Cant	TOTAL
24 MITTRES GRANDES F	80.00
PALOMITAS 1/2 MONTEQUILLA GDE	80.00
PALOMITAS 1/2 MONTEQUILLA GDE :	

Pasado Con: EFFECTIVO 200.00

TOTAL: 800.00  
 ochenta pesos y cero centavos  
 Precios con IVA incluido  
 PABLO: \$120.00  
 por: \$580 Bryan Nieves



MUSEO NACIONAL DE ARTE / MEXICO  
 N° 365292

SEÑALANTE EN INSTITUCIONES DE CREDITO  
 RESERVA: 5410002

SR: GRENOS  
 N° IDENTIFICACION: 4000000031010

AUTORIZACION SIN JERAR

COPIA CLIENTE

001 730524 FOLIO FACTURA 436105-187630-500484

Se prohíben el uso de medicamentos y drogas. Si es necesario presentar este ticket en el momento de comprar en un plazo no mayor a 15 días. Los productos deben estar en perfecto estado. No se aceptan devoluciones para medicamentos controlados, tarjetas, para garantizar la calidad de los productos y cadena de conservación de los productos a las disposiciones legales vigentes en el país.

MPRE: MEXICANO, SIEMPRE CONTROL!

### EMOCIONES CINEPOLIS

OPORTUNIDAD PARA LA OPORTUNIDAD DE GANAR UN RUDI R3 SEDAN 2023

- 1.- Ingresa al micrositio: <http://emociones.cinepolis.mx>
- 2.- Registra el ticket de compra con el folio de tu tarjeta emociones 2023.
- 3.- Mientras mas participes mas oportunidades tienes de ganar.

Vigencia de participación en micrositio del 18 de mayo al 31 de agosto del 2023.  
 Consulta términos y condiciones.  
 No participe con otras promociones y documentos.  
 No participe en compras a través de entregas a domicilio.  
 Recibe tu tarjeta emociones 2023 en la compra de cualquier compra.  
 No aplica en compras de productos individuales.

COMIDATORIA MEXICANA CINEPOLIS SA DE CV  
 BOULEVARD DEL NIÑO POBLANO NUM. 2901 COL. RESERVA TERRIT. "EL ATILXAYOTL" SAN ANDRES CHOLULA PUEBLA PUEBLA HEXITO CP 72820  
 REGIMEN GENERAL DE LEY DE PERSONAS MORALES

Puede solicitar su factura en el área de atención a clientes de este establecimiento o al teléfono, puede obtenerla en el portal:  
[www.cinepolis.com](http://www.cinepolis.com)



N° 365292

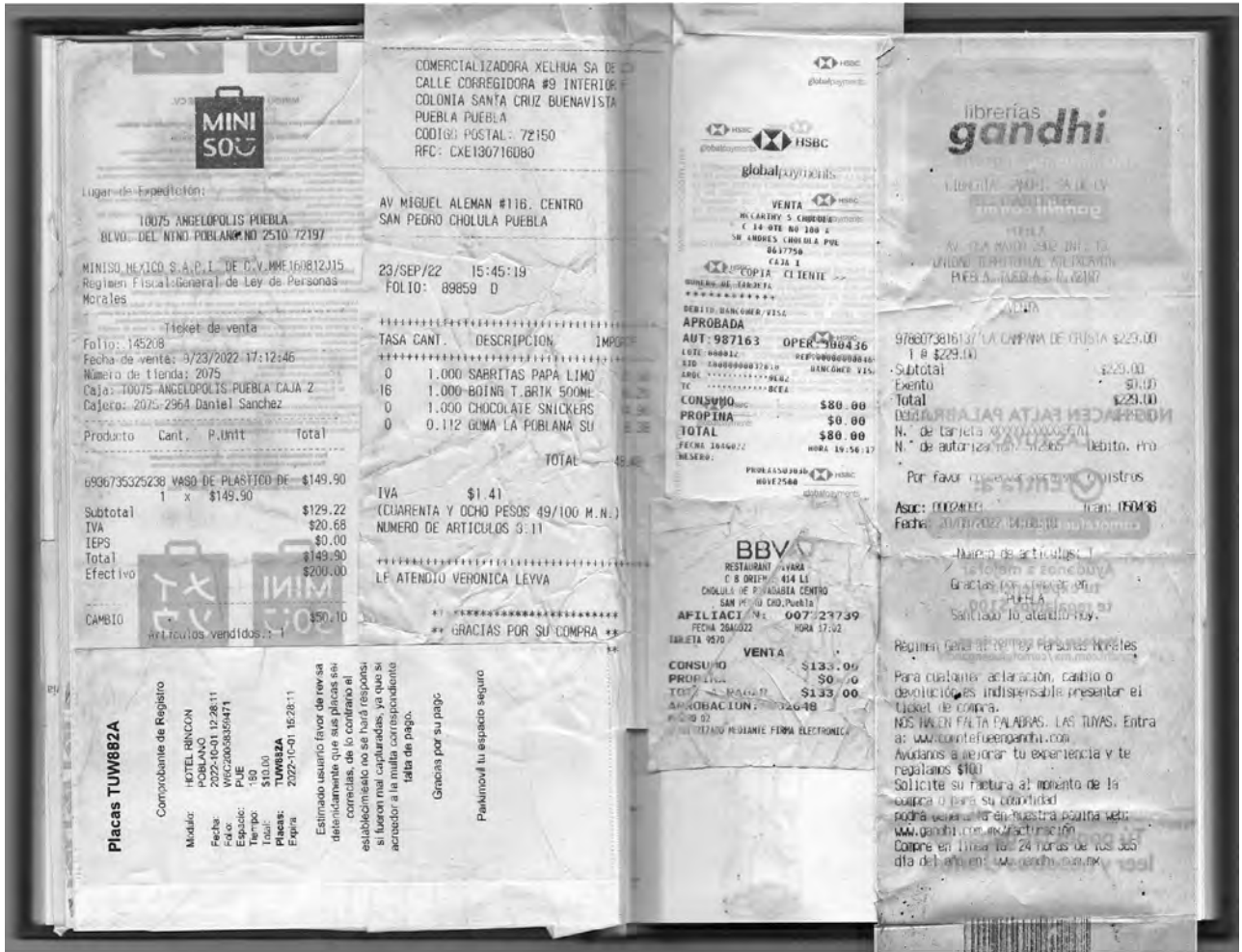
CONTROL DOMINGO ENTRADA LIBRE

ENTRADA GENERAL

Creo que lo que me hizo pegarlos en un principio fue llegar a esa conclusión inconscientemente.







Cuando llego a abrir la libreta y ver todos los tickets pegados me da una alegría extraña, como nostalgia, nostalgia linda.





# La República Popular de los Gatos

LUIS FERNANDO RANGEL

*Me gusta que te defengas a escucharme, quieto como un adorno*  
Juan Villoro

ESA MAÑANA HIZO FRÍO. En el televisor pasaba el noticiero donde un hombre comentaba la necesidad de hacer algo después del sismo que sacudió el centro del país semanas antes. Era octubre. Desde la cama repasaba una a una las palabras del comentarista.

*Debemos hacer algo, decía, no podemos ir por ahí construyendo hogares que al primer temblor se vengán abajo.*

Marina se levantó de la cama y se dirigió a la ventana. Temblaba levemente. En los cristales se dibujaron pequeñas nubes de vaho. Sobre la calle caía una ligera llovizna. Afuera estaba vacío: sobre la avenida, sólo las casas; parecían un muro interminable. Vivíamos al sur de la ciudad, en una de las casas más decentes de un fraccionamiento de interés social a medio construir, pero que, poco a poco, cobraba mala fama por estar en la periferia.

Por eso, cuando Marina se asomó por la ventana, sólo pudo ver el auto del vecino, un Datsun tan viejo que me recordaba ligeramente a los Dacia 1300, y a Marx, el pequeño perro que rondaba siempre por el vecindario y era alimentado por todos, agazapado debajo del auto. Lo demás estaba en calma. Todas las casas estaban ligeramente grises, húmedas. Apenas tres días antes se había pronosticado altas temperaturas, pero aquella mañana el sol se escondió detrás de un montón de nubes.

Mientras yo temblaba enredado entre las cobijas, Marina daba pequeños brincos de felicidad. De pie, frente a la ventana, recordó los días infantiles. Decía que allá en su país —uno muy pequeño del cual casi nunca hablaba porque dejó de existir hace un par de años— los días fríos eran los únicos en los que podía salir a la calle sin miedo. En ese entonces su país se encontraba bajo una dictadura militar y el General solía cancelar las actividades cuando bajaban las temperaturas: los soldados regresaban a los cuarteles y los policías hacían trabajo de oficina. Pero el General amaba las playas y vestir siempre de guayabera.

Marina comenzó a dibujar sobre la ventana un mapa de su extinto país. Tensó el índice y lo arrastró por el cristal.

—Esto —me dijo señalando un punto casi en la orilla del dibujo—, era la capital.

Luego continuó las indicaciones como si fuera una estrategia militar. En su voz había algo similar a la nostalgia, una mezcla entre la tristeza y la añoranza.

—Por este camino se llegaba a la sierra y ahí era donde regularmente descansaban los gopistas. Todo mundo lo sabía. Por eso los detuvieron y los fusilaron.

A Marina le gustaba ese extraño juego: imaginar la casa como un cuartel secreto de alguna guerrilla desde el cual planeábamos un ataque para derrocar al gobierno



en turno. Luchábamos contra la tiranía. Afuera llovía y adentro Marina pensaba en las tácticas perfectas para no ser descubierta. Sin duda había que aprovechar los días de lluvia y atacar, así como lo habían hecho cuando lograron el golpe de Estado contra el General.

Desde un principio habíamos acordado implícitamente los términos del juego. Ella se encargaba de la planificación y yo de la seguridad. Por eso cuando se metía a bañar me dejaba cuidando la puerta para prevenir el posible ataque de un grupo paramilitar. No quería morir fusilada. Pero el único ataque que sufríamos era el de Camilo, el gato, llamado así por su padre, uno de los tantos golpistas muertos.

Esa mañana Marina se metió a bañar dejándome al pendiente de la seguridad. Sin embargo, el ataque no llegó. Cuando salió de bañarse lo primero que dijo fue que desde el día anterior no había visto al gato. Yo me encogí de hombros.

—Es un gato —dije—, seguro volverá pronto.

Pero Marina se impacientó. Mientras yo mantenía la mirada fija en la puerta, ella paseaba los ojos por toda la habitación. Se tropezó, primero, con los calcetines usados que había arrojado junto al buró la noche anterior; después con el espejo sucio. No volvió a decir más. Arrojó la toalla sobre la cama y comenzó a vestirse.

Esa tarde el gato no apareció. Encontramos el plato de comida intacto. Ni siquiera los intrusos se atrevieron a comer, ni los perros que paseaban por la calle, ni los gatos que a veces llegaban por un par de días y luego se marchaban. Marina comenzó a pensar que quizá Camilo se había ido con la misma facilidad con que lo encontramos: llegó una tarde de sol y se echó sobre el tapete de bienvenida que compré en un remate de la tienda departamental donde trabajaba. Y ya no se fue. Entonces decidimos adoptarlo.



✎ María José González Camarena.  
*Gato con botas*

A Marina le gustaban los gatos desde que era niña. A mí comenzaron a gustarme desde que me acostumbré a ella y su colección de gatos de porcelana que reposaba sobre el peinador. De todos ellos, su favorito era el segundo: uno negro que le había regalado su madre el día en que asesinaron a su papá. Ese gato era el más feliz de todos. Entre sus garras sostenía una bola de estambre como si estuviera deteniendo al mundo.

Ya para la noche, la preocupación fue mayor. Marina se sentó cerca del peinador y comenzó a limpiar los gatos de porcelana. Después de un largo silencio, habló. Me contó la historia de cómo se fue haciendo de cada uno de ellos. Paseaba la mirada por el suelo y luego la regresaba a las figuras de porcelana. Después pasaba el pedazo de tela sobre el cuerpo de los animales para lustrarlos.

El primero, me dijo, se lo regaló su padre cuando tenía seis años. En ese entonces el gobierno no permitía mascotas y ella encontró el consuelo de la compañía en aquella figura. El décimo se lo había regalado un exnovio, el primero que le habló de matrimonio. El séptimo lo compró en un viaje a Europa, el único que había hecho. El vigésimo lo compró en la subasta de las pertenencias del General una vez que cayó la dictadura, ése le parecía una reliquia, ¿quién se iba a imaginar que al General le gustaran los gatos cuando él mismo prohibió las mascotas?

Al día siguiente, Marina despertó antes del amanecer. Esa mañana no se metió a bañar. Se limitó a cambiarse de ropa. Yo hice lo mismo. Mientras me mantenía sentado en la cama, ella salió a dar un vistazo sobre la calle. El sol salió sólo para ocultarse detrás de las nubes. Otra vez. Ese día no vio el viejo auto ni al perro vagabundo. Camilo no estaba. Marina entró a la casa y se arrojó sobre la cama. Ni siquiera volteó a verme. Apretó los puños y comenzó a golpear el colchón. Guardé silencio hasta que ella se atrevió a decir algo.

—No debiste dejar la puerta abierta —me reclamó.

Las palabras a veces quieren decir otra cosa.

No respondí. Fijé la mirada en la puerta y luego en el espejo, que seguía sucio. Me levanté de la cama y me dirigí a la colección de gatos de porcelana.

—Si tan sólo hubieras tenido cuidado —volvió a hablar.

Olvidamos todo. Lo más importante en ese momento fue culparnos por el incidente. Ella hacía una rabieta sacudiendo sus brazos con fuerza y gritando la mayor cantidad de insultos posibles. Yo sólo la miraba, con los ojos grandes y la boca apretada, mientras pensaba en Camilo, un gato más bien torpe, al que con frecuencia teníamos que ayudar a bajar del techo y de las cortinas, que trepaba inútilmente.

—Si tan sólo hubieras tenido cuidado —repitió.

Decía cada palabra lentamente, repasándola, paseando la lengua entre los labios y los dientes, como si en realidad quisiera decir otras palabras, unas que no se atrevía a pronunciar por amor, odio o pudor, o tal vez por una mezcla de todo lo anterior.

Conforme comenzamos a culparnos, los reclamos pasaron de la mascota a nuestra relación. Después de recordar dos o tres incidentes con el gato, mencionó la última discusión. Luego se quedó callada, encogió la nariz y apretó los ojos.

Recordé aquella tarde en que discutimos por primera vez. Hacía sol. Era septiembre. Las ventanas estaban abiertas y la luz llenaba cada rincón. Sobre el peinador,



los gatos. Marina estaba recostada en la cama. Esa tarde compró un nuevo gato pese a que ya no había espacio en el peñador. Claramente molesto, le reclamé que agregara un nuevo integrante a la colección.

*No me importa lo que pienses*, respondió.

Y dejó el gato sobre el buró. Entonces, desbordado en el enojo, lo tomé para arrojarlo al piso, rompiéndolo. Ella lloró. Se cubrió el rostro con las manos y se revolvió en la cama.

—¿Al menos me estás escuchando? —preguntó.

Recordé la tarde en que me dijo que se sentía rota.

*Cuando rompes algo y luego lo reparas, ya no queda igual*, sentenció.

Lo comprobé a la mañana siguiente, cuando pegué al gato pieza por pieza, hasta dejarlo completo. Tenía razón, no estaba igual. Pese a eso seguía formando parte de la colección. No lo tiró porque dijo que ese gato le recordaba cada una de sus heridas.

—Escúchame, puta madre... Bueno, contigo no se puede hablar —dijo.

Y se fue. Me dejó en la cama.

Al caer la noche, Marina y yo volvimos a discutir. Pero al terminar el reclamo, se abalanzó sobre mí con toda la furia contenida producto de las pequeñas peleas cotidianas, con los ojos desbordados en llanto. Sin embargo, en su carrera, tropezó y se cayó al suelo, quebrándose en un montón de pedazos, como un gato de porcelana.

Esa noche ya no llovía, pero las casas continuaban húmedas. Vi el espejo sucio y me acerqué a limpiarlo con la manga del suéter. Y cuando estuvo limpio, vi el reflejo de las manchas de la pared, pequeñas gotas de pintura que salpicaron cuando pinté el techo. Después, al repasar mi rostro, descubrí unas profundas ojeras.

Luego me asomé por la ventana, como ella el día anterior, y no vi el carro ni al perro. La calle estaba completamente sola. Únicamente esperaba que Camilo no hubiera corrido con el mismo destino que los golpistas. Regresé a la cama para acostarme y escuché el ruido del motor del carro del vecino y los ladridos de Marx. Recordé el día en que Marina comenzó a bautizar a los gatos. Ahora no me quedaba sino detenerme a pensar en el nombre para el nuevo maniquí de mi colección que la supliría. 📍






✍ María José González Camarena. *Cosplay en el desierto*



# La vida secreta de los electrodomésticos

MARÍA JOSÉ GONZÁLEZ CAMARENA

## acuerdos tácitos

 Caos Ilustrado

La lámpara de la cocina tenía un falso. O tal vez era el enchufe que debía encenderla. De cualquier forma, se necesitaba sutileza y sensibilidad. Saber qué tan profundo apretar ese botón, hacia qué lado y con qué intensidad.

Desarrollé una técnica grácil que a la larga funcionó, pero que estaba basada en la “discreción”. Yo sabía que a cambio de tener luz, no podía revelar a nadie el método preciso para prenderla. Mucho menos contar que tenía un acuerdo con la lámpara.

También aprendí a prescindir de la luz aplicando ejercicios de memoria: alguna vez mi mamá mencionó uno que consistía en reconocer las monedas en el cenicero del coche. En un alto, por ejemplo, sin bajar la vista, sumerges los dedos y tratas de distinguir las de un peso de las de 50 centavos. Así entraba a la cocina, sin intentar prenderla, y me guiaba por el tacto y lo que los ojos iban recreando.

Por lo general, cuando presionaba el interruptor la luz se encendía, pero siempre me ha gustado jugar con las posibilidades, así que a veces usaba la luz del refri.

Luego descubrí que también podía tener acuerdos tácitos con otros electrodomésticos.

## archivos

El protector de pantalla de la televisión no es uno de ellos. Ése es como una ruleta rusa, igual puede salir una *nude* o una vulcanizadora en medio del desierto. Se desconoce su configuración.

## interacción mínima

Durante la pandemia he habitado mucho la azotea. Me compré un centro de lavado y con eso pretendo hacerme de una vida estable. Ahora esos aparatos y yo compartimos un vínculo, tenemos una dependencia. Me inventé una relación que alimento con detergente y suavizante.

Una recriminación constante es que olvido limpiar el filtro. El otro día encontré en esa malla unos cúmulos. La pelusa de alguna prenda, roja o rosa, bailando entre el aire la coreografía de la corriente cíclica, así me la imaginé.

Una aquí creyendo que hace sus cosas y tiene sus planes, y ahí, sin que nadie la vea, la secadora haciendo sus atardeceres.

**la masa como el internet**

La pizza siempre es considerada. Pienso en varios sentidos esa oración, pero sobre todo en su acepción de ser amable, incluso noble. Qué otra prueba se necesita, está hecha con una justa proporción de polvo y agua puesta al fuego: como una tlayuda, una crepa, una piadina, un tlacoyo, una empanada, una quesadilla, un *hot cake*, una arepa, muchos tipos de panes. Todo eso que no estoy considerando: los peces, el vino, los símbolos, los medios, caracteres y pixeles. Y encima se le puede poner lo que sea.

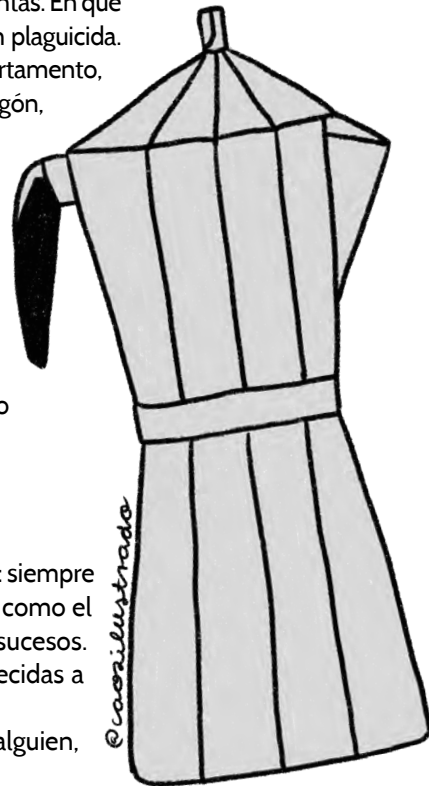


**prurito**

Elías tuvo dermatitis por estrés. Aunque me hizo gracia cuando se sugirió el diagnóstico, fue más o menos lo que concluyó la veterinaria. Tenía que tomar prednisona de cinco miligramos, igual que yo. Ese *croissant* —un felino ovillado— y yo vigilamos nuestros corticoides. Los dos tenemos las defensas bajas: él heridas bajo los bigotes y yo genitales sensibles. Y así se llama nuestra banda de punk, *Genitales sensibles*.

Del otro lado de su receta están las instrucciones para cuidar las plantas. En qué proporción diluir unas perlas azules y cómo y cada cuánto colocar un plaguicida. También tuvimos nuestro apocalipsis, una invasión que llenó el departamento, los balcones y algunas de las plantas en las escaleras del edificio: pulgón, oruga come hojas y caparazón púrpura.

Ahora, cuando me quedo sin pastillas, tomo de las del gato. Supongo que algo así podría ser la vejez, un compartir de recetas médicas y rituales.



**punteo instrumental**

Durante la hora dorada, en la cocina, entra una luz mielosa. Se derrama sobre la estufa y las ollas o cafeteras que están ahí. Cuando más me gusta es cuando escurre entre las perillas.

**multiversos**

Vivo con una ansiedad que imagino similar a la de cualquier calcetín: siempre existe la posibilidad de perderse. Perderse y que tanto el perdido como el que se guarda en el cajón queden separados por capas y capas de sucesos. Caminos que se multiplican y detonan rutas complejas, más parecidas a las del metro, con sentidos, pruebas, trampas y amotinamientos.

Un calcetín, dentro de la canasta que descansa en la cadera de alguien, se despide de otro que se queda sobre el suelo rojo de la azotea.



## Indiana, Nápoles, Ciudad de México

La primera noche que pasé aquí, al apagar la luz, escuché un derrumbe y el estruendo de algo que se rompía. Prendí la luz con las manos temblorosas: las persianas que colgaban de piso a techo parecían un plato de espagueti recién servido.

Viví como pez en acuario durante varias semanas.

### el virus

Otra vez será diciembre aunque he pasado los últimos meses guardada, en medio de fuegos y explosiones. Esperando. Como si de pronto fuera a llegar el 2020, con un costal al hombro en el que trae todos nuestros planes, ilusiones y fantasías: lo que creíamos que haríamos y lo que no sabíamos que pasaría antes de entender que el mundo se acababa. Tan fácil que sería regresar, hasta octubre o septiembre, o quizás un año antes, a través de los clics en el calendario.

De niña siempre soñaba con detener el tiempo.

### el GPS roto

Iba a apagar la luz del buró, pero ahí, en medio de la lámpara y todo lo demás, está un abejorro esponjado, se ve cansado. O qué voy a saber yo sobre la representación del cansancio en los abejorros: hay uno en el buró y no se mueve mucho.

Ponerlo en un plato, taparlo con un vaso, salir al balcón. Rápido, dejarlo en una maceta. Veo el techo mientras pienso en eso. Y concluyo que el abejorro de pronto perdió el destino en su navegador y terminó aquí. Como cuando una va a hacer una cosa y a medio camino olvida a dónde iba o para qué. No importa si es regocijarse de polen o tomarse una pastilla.



### Vavig

Cada vez son más los bichos que salen: de la alacena, del clóset del baño, aparecen frente a mi cara. Podría jurar que estoy cultivando insectos, pero para eso preferiría confirmarlo con algún profesional de la salud. Entiendo que mi pH es atractivo para ellos y no sé cómo sentirme al respecto.

¿Puedo ser *influencer* de probióticos aunque olvide tomarlos?

### interludio

Hay historias que han dejado marcas en mí. Como la muerte de Rosario Castellanos en Tel Aviv por el contacto de su mano húmeda con una lámpara.

## arcoíris

Mi cara reflejada en el microondas. La luz anaranjada, el tarareo silencioso, pero nada girando dentro. Como esos lugares vacíos con la radio o la tele prendida.

Pienso en el día que quise meter el celular al microondas de la oficina, en el café recalentado en esa taza con el filo dorado o en las crayolas escurriendo sobre las paredes y burbujeando sobre el plato.

## acontecimientos chiquitos de gran magnitud

Como el día en que me saltó un chapulín al tobillo mientras me bañaba. Le tiré la jabonera en medio del susto y quedó inmóvil sobre el suelo, con las patitas estiradas. Parecía una persona diminuta, usando un saco, tirada bajo la lluvia. Lo puse en el bote, envuelto en tres cuadritos de papel.

Unos días después volvió a asustarme cuando abrí la tapa: ahí estaba saltando, monarca del reino, entre montes de papel y plantas rodadoras de cabello.

## wikiHow (o no valoramos lo suficiente los comentarios de la gente en el internet)

Me da vértigo pensar que el supuesto fondo no es el fondo y que hay algo más, algo que todavía no conozco, algo a lo que no tengo acceso. Que se oculta y que sucede en secreto, te lanza señales y acontece aunque sólo lo notas cuando empiezas a poner atención. Pero es una trampa, porque sabes que está hecho para que no se vea, para pasar desapercibido, para que su hallazgo sea tan fugaz que se atesore como un cometa. Esto puede ser el paso de un insecto, el brote de una planta o una cicatriz en la piel.


Sentir que no veo todo y que no siento todo, algo así, que hay indicios de muchos acontecimientos ocultos, tal vez abajo de la cama o de una piedra, en la sincronía de dos relojes que llevan segundos de distancia. Pero cuando se vuelve compulsivo trato de evadirlo: me duermo, riego las plantas, me masturbo, salgo a caminar o me concentro en los acuerdos tácitos que tengo con las cosas. Por ejemplo éste: *El secreto hacia la temperatura y presión ideal de la regadera*, una serie de maniobras técnicas que recopilé en un PDF. Considero que la regadera con la que convivo es muy mañosa, tanto como para dedicarle este manual de uso.

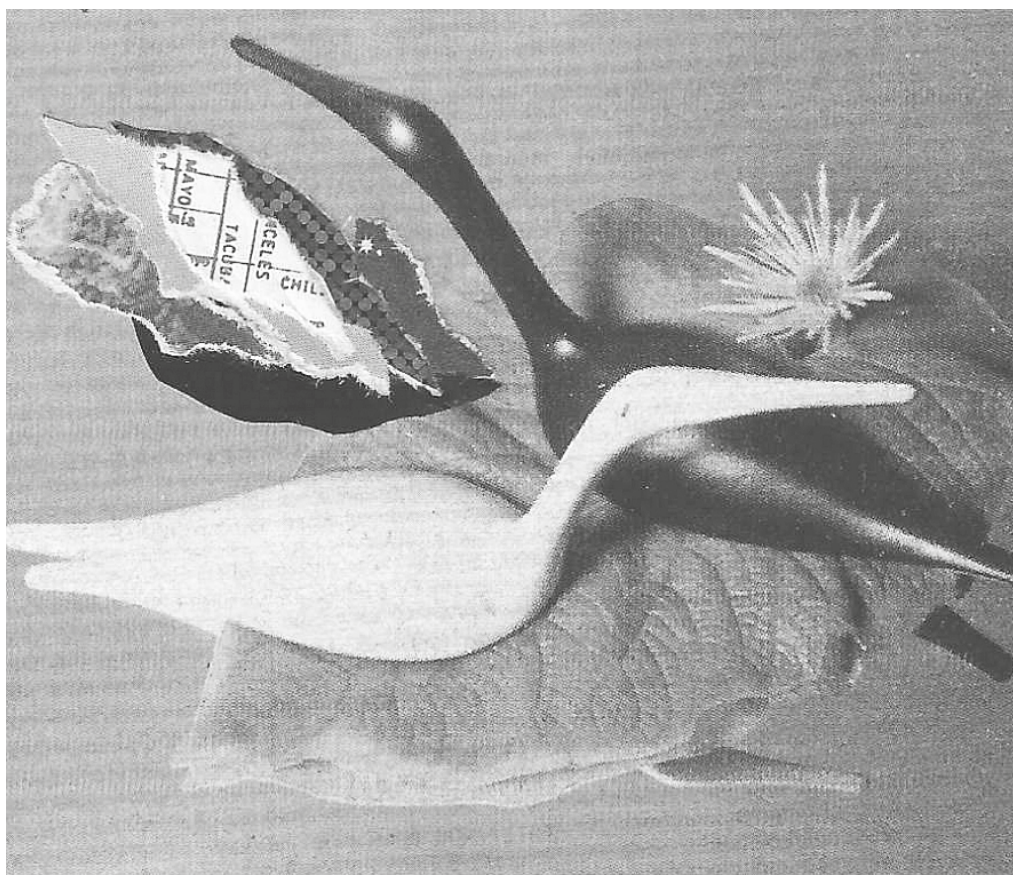
- Para empezar, abres la llave caliente, que es la del lado izquierdo —al parecer sí hay una convención internacional al respecto, aunque en México nos distinguimos por no seguirla—, pero se tardará en salir el agua. Si eres impaciente, la abrirás más y saldrá con intensidad; se calentará más rápido, pero crearás una tormenta porque el cancel es de 1800 y ya no contiene el agua que se desliza por sus frisos.
- Volviendo a empezar, yo recomiendo que la abras con normalidad y esperes unos segundos a que salga el agua. Una vez que lo haga no será mucha, el



chorro se verá escaso, pero es suficiente para un baño. Sobre todo porque pasados unos minutos se calentará demasiado y tendrás que abrir la fría, así que el chorro de agua será más abundante.

- Mientras esperas a que el agua se caliente colocas un balde. Esa agua después la usas para lavar ropa, regar las plantas o jalarle al baño.
- En lo que esperas puedes lavarte los dientes, tomarte *nudes* o quitarte los puntos negros —para esto recomiendo acercar la carita, y sobre todo la nariz, unos segundos al chorro de agua para que reciba el vapor y sea más fácil la extracción—.
- Una vez que el agua esté a la temperatura deseada saca el balde para que no le caiga jabón, desnuda entras y cierras el cancel. **P**

 María José González Camarena. *De qué hablarán los pájaros de venta por catálogo*





# La casa

OMAR MÉNDEZ SÁMANO

## La mesa

Yo la pienso antes de que fuera plana,  
en aquellos momentos  
cuando la baba de las nubes  
descendía a besar el tallo  
y fervorosa bajaba aún más  
a contarle a la raíz las alturas  
y persuadía al tronco a crecer  
para que sus ramas cumplieran  
la mayoría de edad tocando al cielo.

Cruenta es la sierra que clava  
sus dientes en la centenaria corteza,  
que me cuente los navajazos  
que permearon en sus fibras,  
que me diga el dolor de ser transformada,  
que me diga qué se siente  
nacer en un montón de tierra  
e ir a montones en un camión forestal.

Ahora está aquí,  
sosteniendo platos  
después de sostener nidos,  
cubierta de un esmalte  
que no le concede gutación.

No pasa de moda traer  
cadáveres a casa.  
Todos quieren un diseño nuevo,  
plantamos una infinidad de bosquejos  
en nuestra mente  
y talamos bosques.

## El refrigerador

Cada vez que un caracol  
avanza un centímetro  
mi cuerpo baja un grado.  
El montón de ropa  
es una bola de nieve,  
mis manos moldean las prendas,  
hacen figuras de mis miedos.  
Todo lo que toco lo vuelvo escarcha  
a los pájaros les veo el vuelo  
y caen congelados.  
A las nueces las ingiero blandas,  
pasan sobre mi tráquea  
hechas cubos de hielo.  
El olor del pan al tocar mi nariz  
forma hilos de estalactitas en el aire.



Hay épocas en las que ser frío  
tiene sus ventajas.  
El refrigerador me enseñó a conservar  
mis emociones sin echarse a perder.  
a convertir en helado de nata o chocolate  
un mal día  
para que aprenda a saborearlo.

### La cama

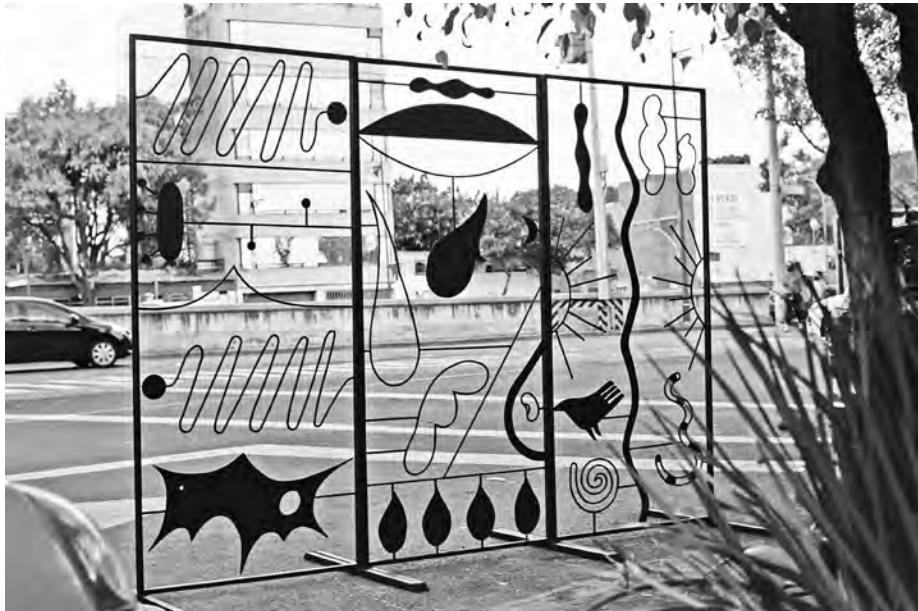
Dejaste en los muebles  
la silueta de tu reflejo.  
No sé qué hacer conmigo,  
soy producto de tu tacto,  
soy un león que borra su fuerza  
al contemplar tu ausencia.  
A la cama llego para sacudir  
el aroma de tu cuerpo,  
las figuras que trazamos  
con la boca  
revolotean sin prejuicios en la cabecera.  
Siento quebrarse los espejos de las sábanas  
y siento todavía frescas las exhalaciones  
lúdicas en las paredes.  
Me recuesto entre la sensación  
de nuestras narices agitadas,  
entre el eco de los gemidos,  
entre el frufrú de nuestra carne  
que reposó  
en este rectángulo tejido  
en seda y savia.  
Hay ciertos movimientos tuyos  
perdidos en el colchón,

quisiera armarlos  
y dejarte hecha de décadas siguientes.  
No estás  
y me estrujo en la cama  
para que los vecinos vean en las cortinas  
la sombra de los dos  
y muerdo mis labios  
y escucho en las almohadas  
el ritmo irregular de nuestro aliento.  
No estás  
y me caigo  
ya caído  
y recaigo  
y me hundo  
y me *rehundo*  
y voy entrando en los adentros  
y me consumen los adentros  
y ya soy los adentros  
y los ojos, los ojos cierro  
y los brazos, los brazos cruzo,  
quedo rígido  
boca arriba  
a respiración pausada.  
Acostado suenan marchas fúnebres,  
emano estertores del cabello,  
tintes de muerto tengo  
en este ataúd suave y amplio  
en el que dos personas antes  
hacían la vida.

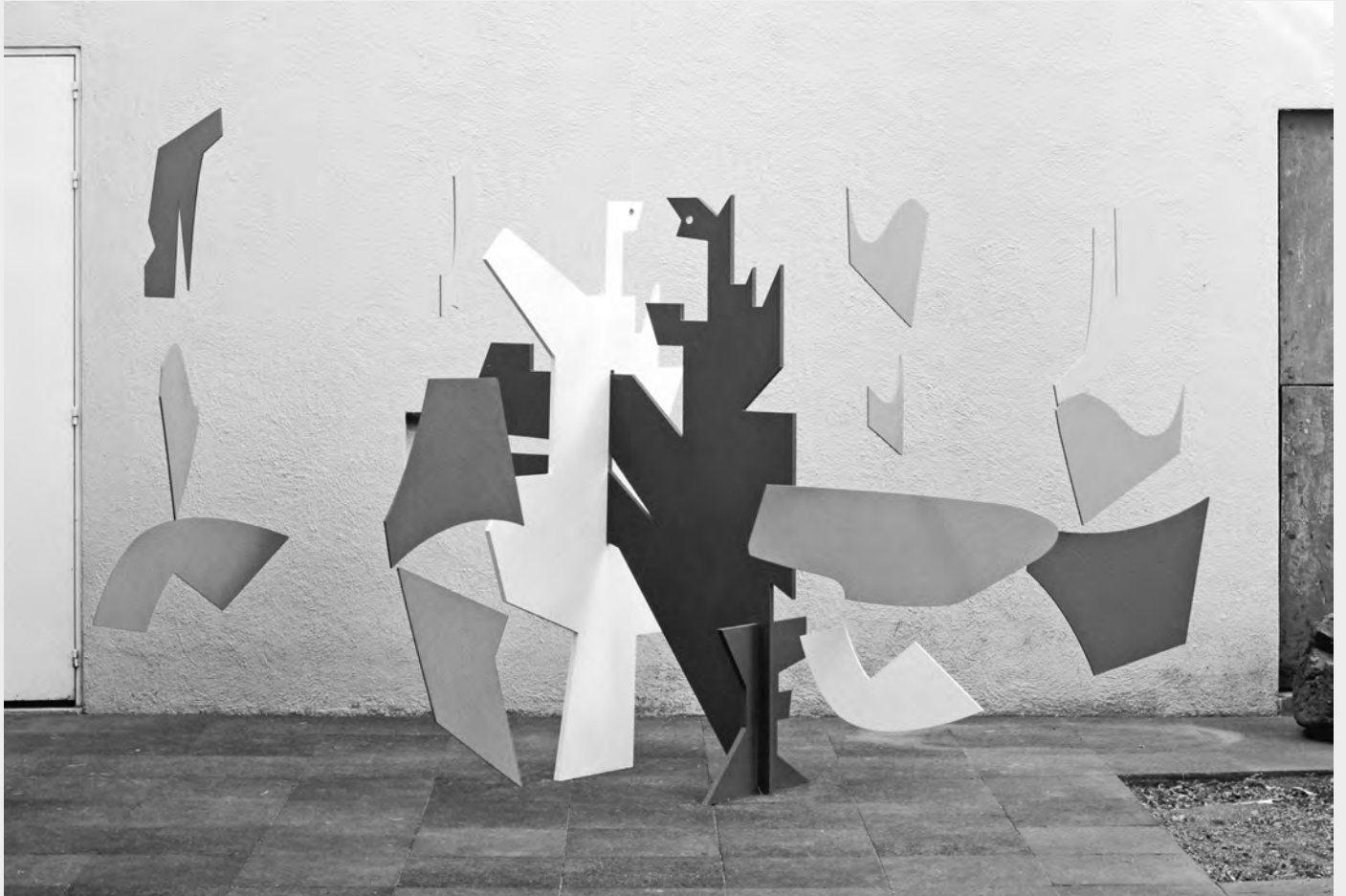
# Corporalidades de lo etéreo

NATALIA RAMOS

La obra de Natalia Ramos tiene su punto intermedio entre la naturaleza, los objetos y el movimiento del cuerpo o lo que podríamos definir en artes plásticas como lo somático. La pregunta central de su obra podría sintetizarse en cómo la escultura puede imitar las corporalidades de lo etéreo y subjetivo para intentar cambiar el significado de nuestras percepciones. Su trabajo escultórico propone originales posibilidades de composición mediante la abstracción de cosas comunes —la nube, el sonido, el rayo, las aves—, alterando sus valores y jerarquías, reduciendo la naturaleza a símbolos universales abiertos a la imaginación. Son frecuentes sus juegos con las siluetas, la planitud y las formas, para así lograr resaltar la belleza de los objetos aparentemente simples.

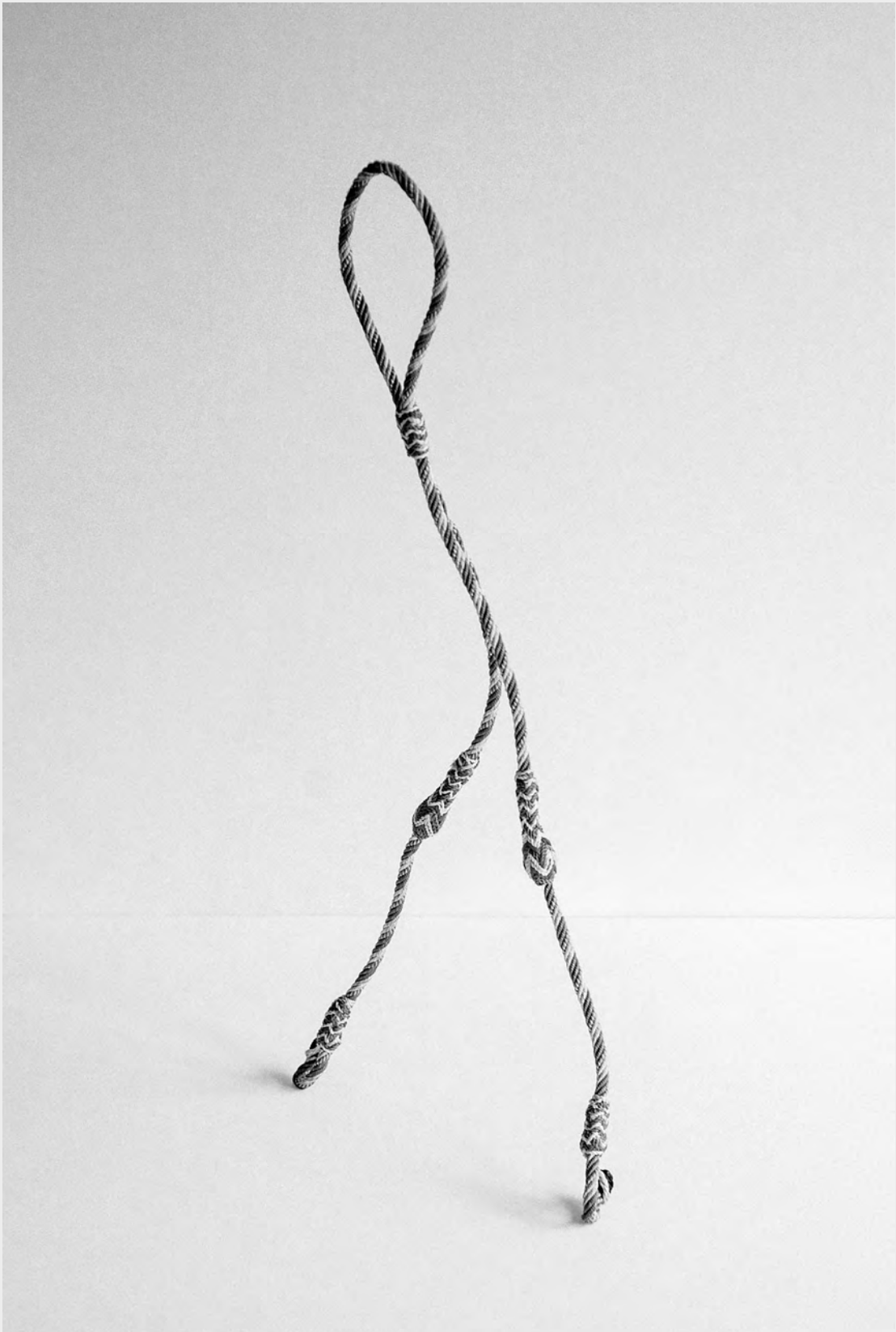


*Música, semillas y paisaje, acero electropintado, 2021*



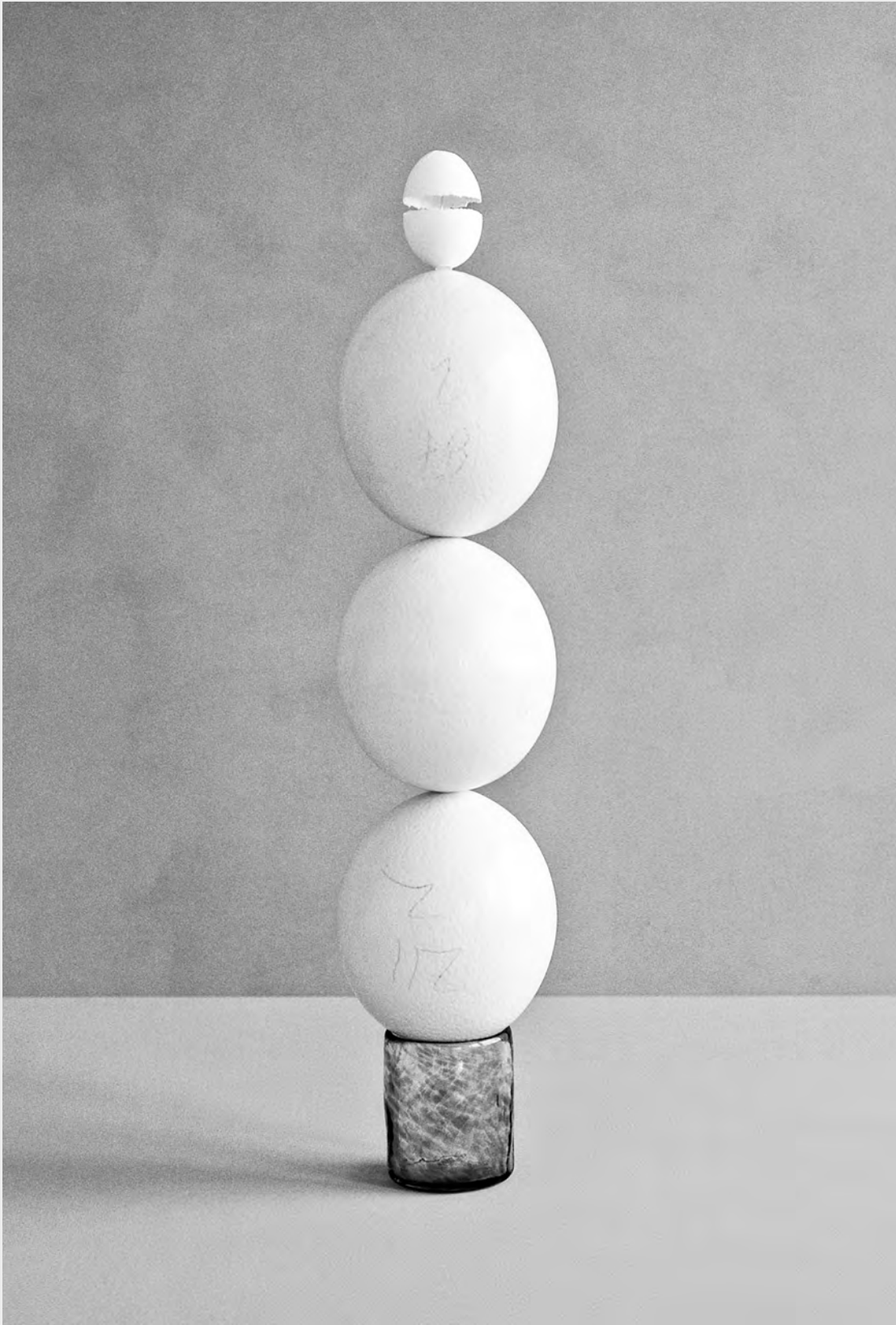
*Ensamble 004*, acero electropigmentado, 220×300×100 cm, 2021

Fotografía: Natalia Ramos



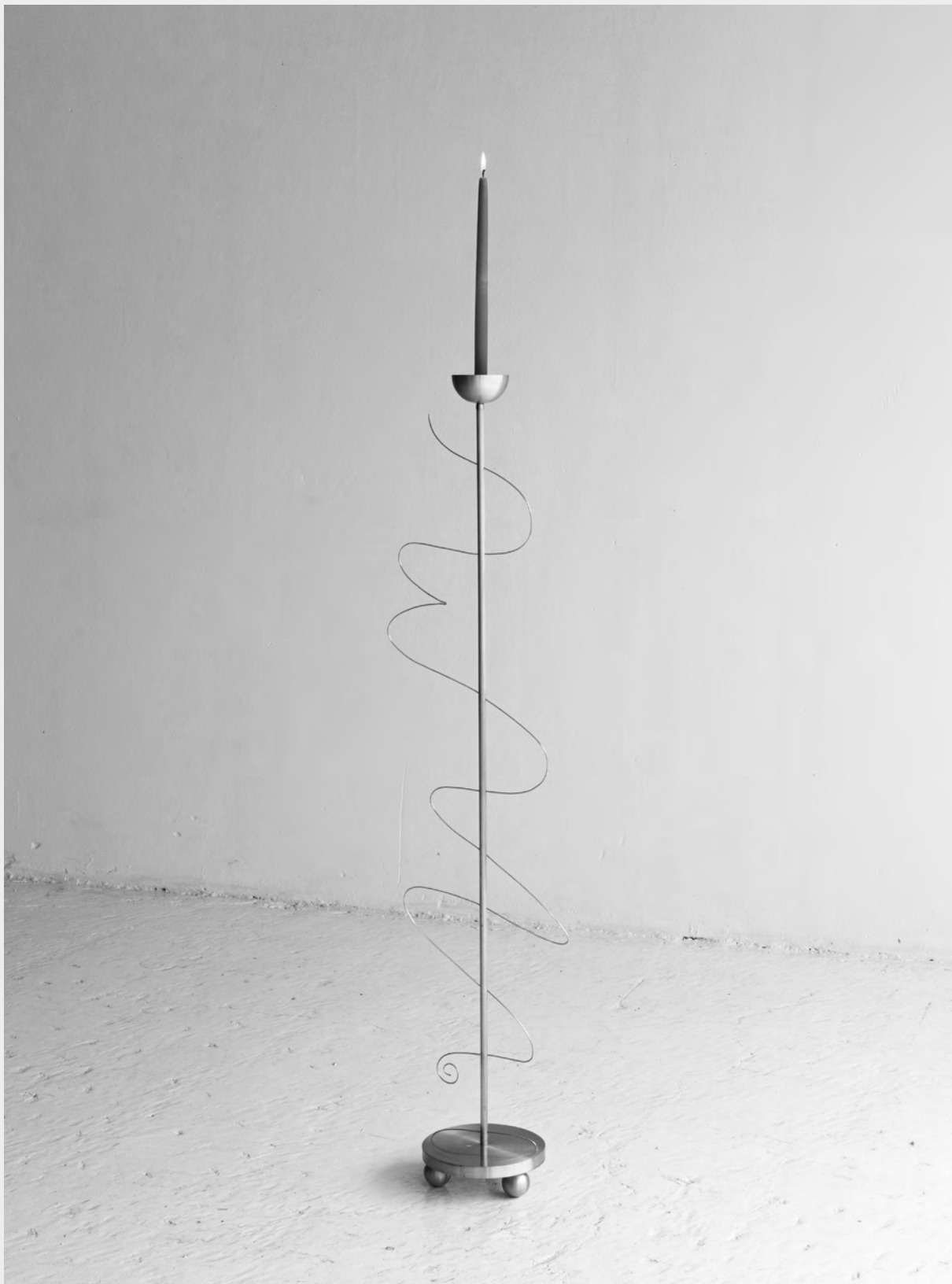
De la serie *Chicatana*, 2021

Fotografía: Ricardo Ramos



De la serie *Chicatana*, 2021

Fotografía: Ricardo Ramos



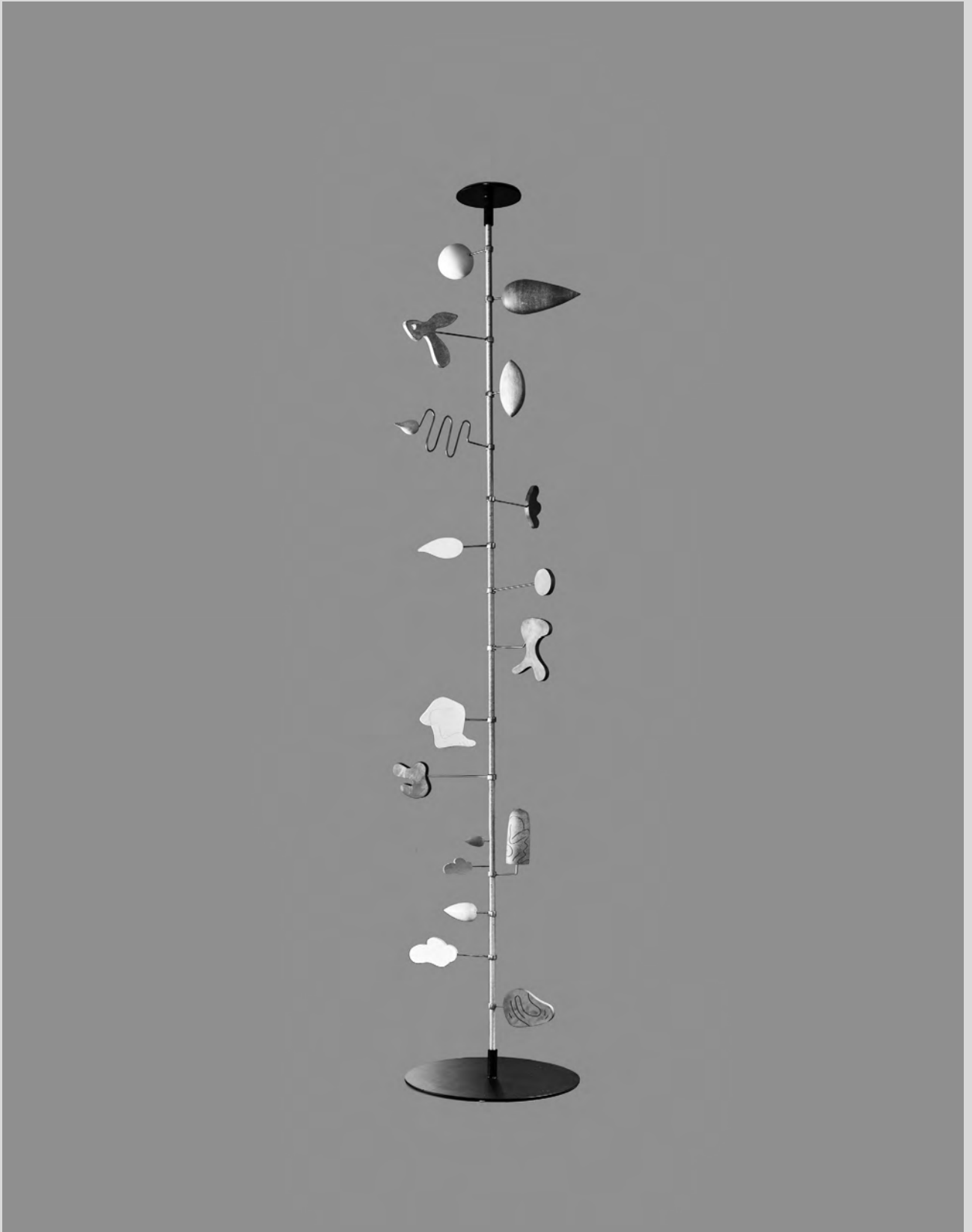
De la serie *Maremoto*, latón, 140×20×2 cm, 2022

Fotografía: Alejandro Ramírez Orozco



De la serie *Maremoto*, acero electropintado, 170×85×40 cm, 2022

Fotografía: Alejandro Ramírez Orozco



*Escultura, cerámica vidriada a alta temperatura y acero, 300×40×40 cm, 2022*

Fotografía: Alejandro Ramírez Orozco



*Sombra*, cerámica a alta temperatura, 25×17×7 cm, 2022

Fotografía: Alejandro Ramírez Orozco



# El arte del ajolote

## o la próxima vez que Etgar Keret venga a México

ADRIÁN CABRERA

Así, SIN GARGAJO NI EPÍGRAFE, a lo que nos truje: colecciones y objetos. Objetos y colecciones. El objeto: un libro. La colección, por ende, varios libros. Varios libros ordenados (o no) en un dispensario de madera o triplay llamado *librero*. Una colección que, de tan común, rara vez llamamos *colección* a no ser que esté conformada en su filamento más íntimo por manuscritos antiguos, ediciones rarísimas o palimpsestos que de tan invaluable dan poquísimas ganas de leerlos por temor a mancillarlos, a hacerlos realmente nuestros arrugando las hojas y rayando cada palabra entre aquellas colecciones de palabras que, de tan comunes, rara vez llamamos *colecciones de palabras*, sino llanamente *libros*.

\*

Mi biblioteca es humilde, pero variopinta, más parecida al juguetero de un niño que a la malsana fascinación de un adulto sin ingresos fijos. De entre esta colección de colecciones, sin embargo, pueden reconocerse tres facciones de menor tamaño:

- Fanzines de poesía contemporánea regados indiscriminadamente por su orden de aparición en mi vida (en este caso la colección responde al género literario).
- Libros del Fondo Editorial Tierra Adentro ordenados en tres estantes según su fecha de publicación (la colección responde a la editorial y a su bajísimo costo de diez baros).
- Y, finalmente, libros de cuentos escritos por Etgar Keret y editados en su mayoría por la UNAM (*Tuberías*, *Extrañando a Kissinger*, *Pizzería Kamikaze*, *De repente un toquido a la puerta*, *Un hombre sin cabeza*, *La penúltima vez que fui hombre bala*), pero también por Siruela (*La chica sobre la nevera*, *Avería en los confines de la galaxia*) y Sexto Piso (*Los siete años de abundancia*). En este caso la obsesión corresponde al autor y a ninguna otra cosa más.

\*

Tomemos del estante *De repente un toquido en la puerta*, editado por Sexto Piso y Libros UNAM hace unos años y hagamos zoom a la contraportada: “Su trabajo más maduro hasta ahora”, y yo no podría estar más en desacuerdo. Si de algo carece el libro es de un mísero ápice de madurez. Al menos en el sentido deontológico de la palabra, ese caduco “deber ser” amoral y moralista que concatena la adultez con un comportamiento sobrio y mesurado en las personas, digamos, de los *treinta y tantos* y *pa’ delante*. A diferencia de Keret, quien a sus 44 (tal era su edad cuando publicó el dichoso libro: ¡y vaya dicha para nosotros!) domina con una maestría lúcida (mejor



dicho, lúdica) el arte de involucionar respecto al *modus operandi* de la sociedad moderna. Ahí, donde la tendencia adulta es el desdén hacia el imaginario de los miembros más jóvenes de la sociedad, Etgar proclama que las grandes inspiraciones para su escritura son el recuerdo de su propia infancia y los objetos que atiborran los estantes como atiborran sus libreros y, por supuesto, sus bolsillos.

\*

*Ahora ya lo sabes. Eso es lo que traigo en los bolsillos. (...) Una pequeñísima posibilidad de que, digamos, cuando llegue la felicidad, pueda decirle "sí", en lugar de "lo siento, no traigo no tengo ningún cigarrillo/palillo/moneda para la máquina de bebidas".*

**Etgar Keret**

Cuántxs no quisiéramos eso, traer en los bolsillos, a la vieja usanza de Mary Poppins, una colección de objetos lo suficientemente grande, o infinita, para hacer frente a las calamidades del día a día. Sin embargo, en mi caso los bolsillos tienden a ser demasiado estrechos o estar agujereados por la mala combinación de traer las llaves en el pantalón e ir corriendo tarde a todas partes. Vacíos, de eso está conformada la colección que llevo en mis bolsas, en mi cuerpo, dentro de mi psique: todo aquello de lo que estoy hecho y con lo que creo (del verbo *crear*), y que creo (del verbo *crear*) compartir con aquel a quien melosamente nombro mi escritor favorito: Etgar Keret, sobre quien asiduamente pienso lo mismo que frente al espejo: si no es de ausencias, ¿de qué estamos hechos? ¿Verdad que por eso escribimos?, ¿que también hay colecciones así, no vacías, sino de vacíos? ¿Verdad que uno puede estar lleno de nada hasta desbordarse? Pero más importante: ¿Verdad que también podemos reírnos de eso?

...¿Verdad?

\*

Al igual que encontrar un billete en el piso o, en su defecto, un agujero en los bolsillos, las colecciones siempre empiezan de manera imprevista.

Esa tarde en la que adquirí mi primer ejemplar de *Tuberías* estaban de moda las pujas en grupos de Facebook, donde, a partir de dinámicas semejantes a las de las más exclusivas casas de subastas, se ofrecían libros al mejor postor, haciendo sentir la morralla de los bolsillos como las bóvedas subterráneas de los más acaudalados millonarios. Así, la noche previa, y más por aburrimiento que genuino interés, había ganado por 100 pesos un libro cuyo nombre ni siquiera recuerdo... Tal vez por eso, al día siguiente, llegué tan tarde para recogerlo que había sido subastado de nuevo. Pero yo, no queriendo marcharme con las manos vacías, acepté llevarme conmigo el último libro que quedaba a la venta y que, al igual que yo, alguien más había abandonado, para nuestra suerte, a su suerte.

—70 barucos.

—50 —reliqué.

Y a cambio de un ahora discontinuado billete de ajolote mexicano (*ambystoma mexicanum*) me entregó un libro escrito por un ajolote israelí (*ambystoma keretanum*).

\*

*El otro día leí  
que uno se acostumbra a la palabra cáncer  
y no supe  
si había sido  
en un poema  
o en una revista de ciencias.*

**Xel-Ha López**

A mí, como a Xel-Ha López, también me pasa que a veces no distingo si lo que leí fue en un libro de Elisa Díaz Castelo o en un documental del National Geographic o si acaso lo inventó mi subconsciente a partir del insólito encuentro entre ambxs, pero creo haber escuchado en alguna parte que el ajolote es el único animal que crece para volverse niño... o algo así.

El término científico es *neotenia* y consiste en mantener (me gusta más: coleccionar) ciertas características de la etapa larvaria (como las branquias y la aleta dorsal) para después adquirir (de nuevo: coleccionar) esas otras que, en teoría, definirían la vida adulta de la salamandra común (como las patas y párpados). Contrario a lo que suele enunciarse en redes, no se trata de que el axolotl quede estancado en una etapa media entre la infancia y la adultez, sino que desarrolla los elementos más convenientes de su juventud temprana y suma aquellos más beneficiosos del futuro. Es decir, en un mismo cuerpo, diminuto y tierno, cabe mencionar, habita el sincretismo de dos tiempos: el vivido y el porvenir.

\*

“Nunca Jamás”, esa mística isla hacia la segunda estrella a la derecha, donde los niños podían ser niños el tiempo que quisieran, tal es la definición de Keret para su propia infancia, carente de educación estricta y supervisión adulta. “Como supervivientes del holocausto”, menciona en entrevista sobre sus padres, “nunca terminaron el proceso de crecer de una forma normal: podría decirse que se quedaron como niños toda la vida”. No casualmente es la idea que me viene a la cabeza cuando leo sus cuentos: *Este hombre es un niño*. Y mira que si en algo son sorprendentes los niños es en inventarse las historias más extraordinarias. Basta tan sólo un vistazo de soslayo a un objeto, un chispazo, para amagar de él una colección de situaciones imaginarias, de incendios ficticios. Aunque, en ocasiones, Etgar Keret lo lleva incluso un paso más lejos utilizando la mismísima nada, la falta de ideas, el estancamiento creativo, como motor para salir de sí mismo. Así, en “De repente un toquido a la puerta”, cuento que da nombre al libro homónimo, el autor israelí no sólo evidencia los perjuicios sociales y económicos que ha arrastrado el virulento clima geopolítico de su país (tan en boga hoy en día en las noticias), sino que por medio de un argumento, por decir lo menos, irreverente (un hombre a punta de pistola le exige al mismísimo Etgar Keret un cuento para poder venderlo en las calles por unos míseros shekels), nos da una clase magistral de cómo usar la falta de creatividad como agente creativo para la escritura:

Procuro explicarle al barbudo que si enfunda la pistola será mucho mejor para él. Para los dos, en realidad. Porque es difícil que se te ocurra un cuento mientras te están encañonando la cabeza con una pistola cargada. Pero el tipo insiste.

—En este país —explica—, cuando quieres algo, tienes que exigirlo por la fuerza.

Es un inmigrante judío recién llegado de Suecia. En Suecia la situación es completamente diferente. Allí, cuando se quiere algo, se pide educadamente y, por lo general, te lo dan. Pero en el asfixiante y enrarecido Oriente Medio, eso no es así. A uno le basta con pasar aquí una semana para entender cómo funcionan las cosas. O para ser más exactos, para entender cómo no funcionan. Los palestinos pidieron con muy buenos modales un Estado. ¿Se los dieron? ¡Y una mierda! Mientras que cuando pasaron a hacerse saltar por los aires en autobuses cargados de niños, empezaron a escucharlos. (...) Aquí sólo entendemos la fuerza.

Y así, Keret, a punta de pistola, comienza a contar un cuento a partir de su entorno: “Hay dos personas sentadas en una habitación”, dice, “cuando de repente alguien llama con los nudillos a la puerta...” ¡Y llaman! No sólo en el cuento que está contando dentro del cuento, sino en el cuento mismo que estamos leyendo: una, dos, tres ocasiones, y en cada una, después de abrir la puerta, sucede lo mismo. A punta de pistola los hombres que se van acomodando y acumulando en su sala le exigen a Keret que les cuente un cuento. Pero fácilmente podría terminar siendo un desvarío anecdótico en manos de Keret, así en el mundo “real” como el “ficticio” (las comillas son para indicar que es imposible dilucidar dónde empieza uno y dónde el otro), da un vuelco de 180° durante el último párrafo (*¡spoiler alert!*), cuando finalmente el mentado cuento nos narra su situación personal más allá del mismísimo cuento:

Un hombre está sentado en una habitación. Está solo. Es escritor. Quiere escribir un cuento. Ha pasado mucho tiempo desde que escribió su último cuento y siente una fuerte añoranza. Echa de menos la sensación de crear algo a partir de algo. Sí, algo a partir de algo. Porque eso de crear algo de la nada es para cuando de verdad se inventa algo. Y eso ni merece la pena ni es gran cosa. (...) Finalmente, el hombre decide escribir sobre la situación. No sobre la situación política, ni tampoco sobre la situación social del país. Decide escribir un cuento sobre la situación humana, o mejor dicho, sobre la condición humana tal y como él la está experimentando en ese mismo momento. Pero no se le ocurre nada. Porque la situación humana, tal y como él la está viviendo en ese momento, según parece, no merece ningún cuento.

\*

Respecto a la potencia creativa innata de la infancia, Rosa Montero afirma que: “De niños nuestra cabeza es un torbellino, locamente cableado e interconectado en todas las direcciones; pero al llegar a la pubertad, los neurotransmisores inhibidores de la corteza prefrontal se ponen a funcionar como poseos y apagan todas aquellas conexiones que no son claramente útiles para manejarnos en la vida”. Y es que yo, como Montero, comparto la curiosidad sobre qué sucede cuando, a pesar de los años, el lóbulo frontal permanece plenamente desinhibido, en espera de esos nudillos de la creatividad que, sin importar la edad, se ponen a tocar como energúmenos a la puerta del cerebro.

 Caos Ilustrado



O elaborando la pregunta más sencilla: Si *de repente alguien llama a la puerta*, ¿qué veríamos al otro lado de la mirilla si a nuestros *veintitantos*, *cuarentaitantos* o *setentaitantos* tenemos el coraje de atender el llamado de los nudillos de una infancia nueva y renovada?

En mis sueños más guajiros me gusta imaginar que... Nada. Que abríamos la puerta, moveríamos el cuello de un lado a otro, mentaríamos la madre/padre al aire, cerraríamos de portazo y una vez de regreso en el sofá volveríamos a oír el dichoso toquido o el sonido del timbre. Y, entonces sí, tras abrir la puerta altamente molestos, creyéndonos víctimas de la broma de algunx niñx, miraríamos hacia abajo y veríamos tendido amistosamente sobre el afelpado tapete de *Güelcom* una criaturita larguirucha y rosada, de apariencia simpática, que nos estaría mirando con esos mismos ojos que hace medio siglo enamoraron a Cortázar: un axolotl.

\*

Algo curioso sobre la neotenia es que según recientes estudios científicos el dichoso fenómeno pareciera llevarse a cabo porque el ajolote así lo “elige”. Como prueba de ello están, sí, los casos documentados en que, cuando el ambiente acuático se vuelve inhabitable, la mayoría de ajolotes “completan” el ciclo *salamándrico* para poder mudarse de la cochambrosa agua de Xochimilco al contaminado aire de la Ciudad de México. Pero también están los casos (estos son los que nos interesan) en que *sin una causa aparente* más que la curiosidad, los ajolotes “deciden” salir a caminar y tomar el fresco, clausurando sus branquias e inaugurando sus inadaptados pulmones. Lo que abre la puerta a una hipótesis todavía más interesante: para los ajolotes prevalecer en una infancia dilatada es la manera evolutiva óptima para enfrentarse a las vicisitudes de su entorno. Igual que Keret y sus cuentos que, si bien hallan su materia prima en la vida de un catedrático en la universidad de Tel Aviv, parecen más bien el delirio de un niño que ha vivido lo suficiente para saber que no vale la pena envejecer... O, por lo menos, no del todo, contentándose con coleccionar esos sucesos que a su debido tiempo decidirán madurar (o no) en inmaduros cuentos.

\*

Y si bien ese podría ser el final del ensayo, quisiera añadir un pequeño apóstrofe para quienes sigan creyendo que el paralelismo entre un escritor israelí y un anfibio mexicano está metido con calzador. Es curioso, por ejemplo, que en una entrevista prodigada a *Letras Libres* durante su primera visita al país en la que se le pregunta: “¿Cuál ha sido tu impresión de los lectores mexicanos? ¿Por qué crees que tu obra les resulta atractiva?”, Keret responde:


México ha sido una sorpresa. No me imaginaba que me la iba a pasar tan bien. *De repente un toquido en la puerta* ha salido en 35 o 36 países, he estado en muchos lugares, pero no he conocido ninguno, aparte de Israel, tan cálido: te dan regalos, te besan, te abrazan...

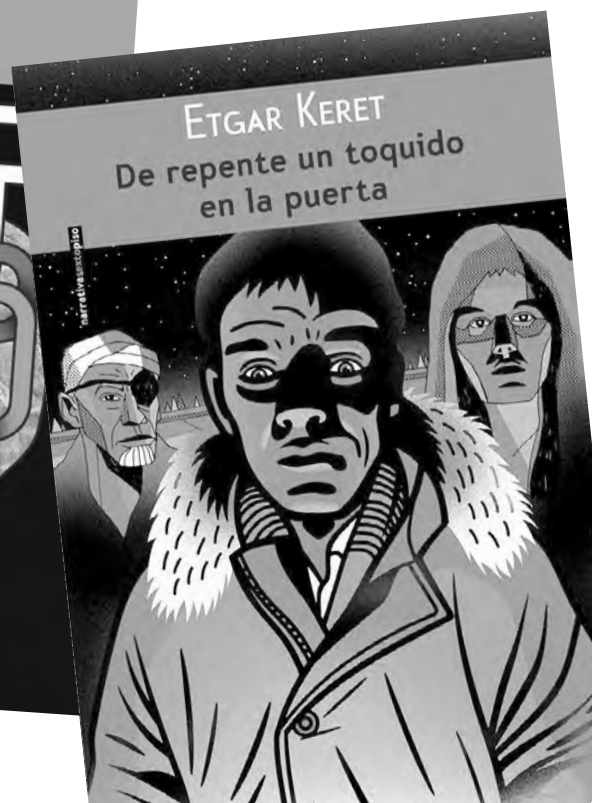
A diferencia de las Vegas, lo que ocurre en el continente literario rara vez se queda en el continente literario, y si Etgar Keret ha atendido en más ocasiones a la FIL de



Guadalajara no es por ocurrencia de su agente ni por un azar de los organizadores, sino por los puentes que han traspasado barreras geográficas a partir de su creciente popularidad entre la juventud y adultez mexicana.

Me parecía que había algo muy especial en los lectores mexicanos porque era el único lugar del mundo donde la gente me daba abrazos, y le dije [a Eduardo Rabasa] que me parecía una costumbre muy agradable por parte de los lectores. Y él me contestó que no era una costumbre, que no abrazaban a nadie, solamente a mí. Y le pregunté que por qué pensaba que eso sucedía, a lo que respondió que quizás era porque al terminar de leer mis libros decían: “Guau, este tipo necesita un abrazo”.

Aunque si tuviera que afirmar un motivo, sería el mismo que Salman Rushdie escribe en otra contraportada del autor (con esta sí que estoy de acuerdo): “Me hace muy feliz que la literatura de Etgar Keret exista...”; con la salvedad de que, a riesgo de sonar meloso, iría un paso más lejos y diría que en mi caso me hace feliz el hecho mismo de que Keret exista, paralelamente a mí, en algún rincón al otro lado del mundo (aun cuando este rincón al día de hoy se encuentra tan doloridamente desangrado). Durante el sofocante confinamiento nadie como él a través de sus cuentos me hizo reconsiderar la potencia creativa en medio del pánico, la posibilidad de reír como un paliativo contra las adversidades... Por eso me gustaría decirle: “Gracias por crear un territorio del que me siento tan endémico como el ajolote desterrado del lago de Xochimilco. Y si nadie te lo ha dicho, permíteme ser el primero en decirte que si te pedimos tantos abrazos no es porque sintamos que los necesites, sino para hacerte saber que es así como nos sentimos cuando te leemos: como si lleváramos en los bolsillos esa gran colección de objetos para hacer frente a la vida”. Pero como lamentablemente no sé decir ni pío en hebreo, la próxima vez que Etgar Keret venga México no tendré de otra que poner mi mejor cara de ajolote (los ojos abiertos, la sonrisa medrosa) y pedirle a gestos eso que tantas veces ya me ha dado: un pueril y enorme abrazo. 





# Dos poemas

JOAQUÍN DE LA TORRE

## Limosna

Se detuvo el metro a mitad del túnel.  
Pensó que alguien se había arrojado a las vías  
y envidió sus agallas. Sobre todo

al recordar los besos y caricias  
al fondo del vagón.  
Ahora procura los asientos  
a un lado de la ventana  
para contemplar la oscuridad del túnel:  
es su forma de soslayar el vacío

al volver la mirada  
sobre su hombro. El silencio  
durante los viajes se ha vuelto

otra manera de guardarle su espacio  
frente al rumor cotidiano,  
contra las voces desconocidas:  
es un intento por alejarse de mundos imposibles.

Más tarde, en el transbordo,  
de regreso hacia su casa,  
justo antes de que el vagón se abra  
y un tufo de humanidad lo atropelle,  
sopesa sus bolsillos y considera  
si no sería mejor arrojarse a las vías del tren  
para entorpecer el camino de dos enamorados,



---

dos jóvenes ansiosos  
por llegar quién sabe a dónde.  
Después de perder esa media vida  
de tranvías y camiones,  
piensa en brindarles  
ese par de minutos que trae sueltos en la bolsa.

### **Botella de vino**

Aunque la indomable arena guarde votos  
condenados, imposibles  
incluso para el misterio del mar,  
también cede a la caricia del fuego  
por la tentación de la belleza eterna  
y se torna en delicado cristal  
para resguardar una flor  
frágil, como cualquier crepúsculo, tan frágil,  
que se proyecta por la ventana de la cocina.

En la mesa del hogar, días más tarde,  
la flor —otra promesa fugaz— se marchita  
y la vanidosa arena se quiebra a su lado  
cuando ambas llegan al fondo del basurero.

Entonces, por la noche, fragmentada,  
y sin éxito, pretende volver  
a su forma indomable.  
Cela, en ese instante de fracaso,  
al hombre que la desechó:  
su don de tornar al polvo,  
su envase capaz de ser tierra  
una vez más: frasco vacío,  
sin derrotas a cuesta,  
remordimiento, ni promesas truncas.



# Sobre el vuelo de la flecha

AUSÍAS MEZA

¿QUÉ TANTO PENSARÁN LOS arqueros olímpicos en la trayectoria de sus objetos? ¿Les cruzará la mente que, en casi cualquier otra época, sus flechas viajarían hacia algún animal o hacia otro ser humano? Cuántos paisajes y cielos no habrán surcado en busca de la piel, y preferiblemente de una arteria o un órgano, de la presa o del enemigo. Saber disparar un arco era una habilidad a la vez mortífera y vital: la muerte causada por una flecha prolongaba la supervivencia de quien la lanzaba. Ahora, tras haber servido en innumerables misiones de cacería y de guerra, el arco y la flecha han llegado a la última etapa de su vida de al menos diez mil años, a su merecido retiro histórico: ser artículos recreativos.

Curiosamente, de esa tradición milenaria e indeleble viene el aire excéntrico de los arqueros actuales. Sus motivos para iniciarse en la disciplina no son —no pueden ser— los mismos que llevan a alguien a deportes más populares, con los que se convive en la infancia; en su caso, parecería que el “deportista” es un impostor, y que detrás de él hay un ñoño empeñado en emular algún héroe real o ficticio. Es probable que muchos espectadores de la arqueología intuyan esas aspiraciones secretas, pero pocos sabrán lo rápido que se desengaña uno de ellas. No hay ninguna gloria en empuñar un arma difícil de descargar por accidente y dispararla contra un objeto inmóvil, menos cuando a tu lado hacen lo mismo otras 20 personas vestidas con ropa casual. Pero no importa, uno sigue haciéndolo porque es divertido. Si desde afuera el tiro con arco parece una recreación boba de la Antigüedad, desde adentro se disfruta como el antepasado campestre de los dardos, al aire libre, a 15 o 70 metros de distancia.

Al principio, a mí no me importó que las flechas terminaran fuera del blanco; me bastaba contemplar su breve paseo por el aire. La gracia estética del tiro con arco podrá no fulminar a su público (a diferencia de la gimnasia o el clavatismo), pero ello es porque, en general, la belleza de un deporte se aprecia en su corporalidad. Cierta ensayo de David Foster Wallace propone que los deportes son bellos cuando se vuelven un drama físico que nos reconcilia con el hecho de tener un cuerpo. La teoría me gusta, pero me cuesta un poco verla en el caso del arquero. Sus movimientos siguen un programa en realidad bastante rígido: pararse a cierta distancia del objetivo, con la espalda derecha y los pies en ángulo más o menos recto, sacar el proyectil del carcaj o aljaba, colocarlo en la cuerda, apuntar el arco hacia delante, con la otra mano tensar la cuerda hasta la mejilla y, tras sostenerla un instante, disparar. Claramente, el proceso carece de dinamismo y espontaneidad; no cabe esperar de él ninguna reconciliación corporal. No, yo pienso que en ese ejercicio ocurre algo muy diferente y quizás hasta contrario: un olvido gradual de ese cuerpo bípedo y plomizo que somos y que mira absorto a la verdadera portadora de belleza: la flecha.

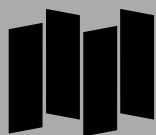


atrevida y feliz, de mirada aguda, astil cimbreante y leve plumaje (¿qué antiguo genio supo volverla pájaro?). Muchos lo olvidarán, pero el ser humano también vive noblemente en sus inventos y voló por primera vez a bordo de una flecha. ¿Cuántas veces le darían la vuelta a la Tierra todas las que haya lanzado a lo largo de los siglos?

Los arqueros inexpertos con justa razón atesoran la primera vez que una flecha suya cae en el centro de la diana (yo nunca lo logré). Imagino que el entusiasmo resulta un tanto gracioso para otros más experimentados, pues saben que la dificultad no está en acertar una vez, sino dos, tres o diez veces, en acertar más seguido de lo que se falla; sueño esquivo y agrisado si se considera que, conforme uno mejora, sus estándares para juzgar un buen o un mal tiro se tornan más estrictos, como si el blanco deseado fuera cada vez más pequeño y remoto. Y allí está el alma del asunto, en la paciente depuración de un acto en apariencia simple. En cierto libro que explora el significado de esa simpleza —*Zen en el arte del tiro con arco* del filósofo Eugen Herrigel—, se plantea que el proceso alcanza su ideal cuando logra dejar atrás toda deliberación, cuando deja de ser una vil hazaña de puntería y pasa a ser la segunda naturaleza de quien lo realiza: acertar sin apuntar.

Concuerdo con lo que parece ser la base de ese argumento. En esencia, el tiro con arco se trata de hacer las cosas bien. Una tarea modesta y factible, hasta que asoma su cabeza un detalle tiránico: se trata de hacer las cosas bien *siempre*. No se me ocurre nada mejor que el trayecto de la flecha para representar todo lo que puede salir mal, todos los obstáculos, contratiempos, tropiezos y peligros que hay entre una intención y su meta. Es una práctica obsesiva por naturaleza. Por algo, a pesar de su origen antiquísimo, la idea de atinar, de dar en el blanco, sigue siendo una metáfora idónea para describir los hallazgos del pensamiento y del lenguaje. Heródoto cuenta que los nobles aqueménidas instruían a sus hijos en tres cosas: cabalgar, dominar el arco y decir siempre la verdad. A esa trinidad lapidaria de virtudes se le conoció más tarde como “el *trivium* de los persas”. Es curioso leer algunos comentarios (quizás ellos mismos producto de un vuelo poético) que objetan la etiqueta, aduciendo que los persas consideraban a las dos últimas virtudes una sola, un mismo arte para el cual no tenemos nombre. ¿Es en verdad tan absurda esa equiparación entre la palabra certera y una mira certera? Yo creo que no. Despojados de su historia y sus herramientas, el tiro con arco me parece más bien una forma ritual de la clarividencia, es decir, de ver las cosas claramente. Así como es imposible imaginar una modalidad de ese ritual en la que fuera más sencillo atinar que fallar, no podemos concebir un mundo en donde fueran más numerosas y asequibles las verdades que las mentiras, los aciertos que los errores: lo falso (que para los pitagóricos era el Mal) es diverso e infinito; lo cierto (el Bien) es mínimo y recóndito.





# CARRUSEL

## HEREDADES

LOUISE GLÜCK: EL VACÍO NO ESTÁ VACÍO  
JESÚS FABIÁN TAPIA QUINTERO

## ENTRE VOCES

*POCKET ABUELITAS*: UNA COLECCIÓN  
DE MEMORIAS  
URIEL DE JESÚS SANTIAGO VELASCO

## BAJO CUBIERTA

UNA GUÍA EN LA BÓVEDA CELESTE  
ITZEL ROBLES

LOS CUIDADOS SOSTIENEN AL MUNDO  
ALEGRÍA MENDOZA

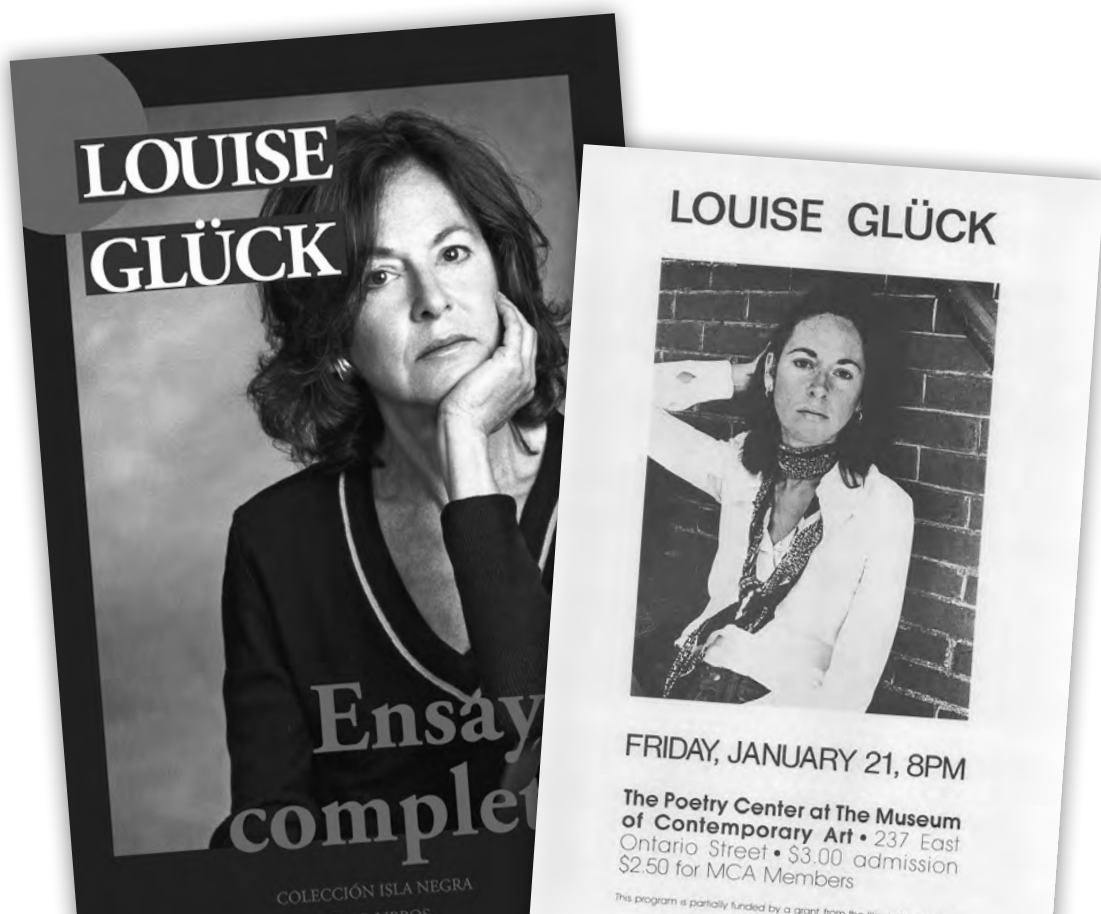


# Louise Glück: el vacío no está vacío

JESÚS FABIÁN TAPIA QUINTERO

LA POETA NEOYORQUINA Louise Glück ha sido considerada por la crítica profesional como una poeta del vacío, la pérdida y el silencio. Enfocaré estas páginas al tema del vacío, esa recurrencia tan distintiva en su impronta poética, especialmente en su poemario *Averno* (2006). ¿Qué representan para Glück las ausencias, las oquedades, la nada? ¿Por qué es importante esa huella en este mundo hiperconectado y repleto de vastedades donde en apariencia nunca falta nada?

Contextualizando su trayectoria, en 2020 le fue otorgado el Premio Nobel de Literatura “Por su inconfundible voz poética que con austera belleza hace universal la existencia individual”. Más de dos décadas antes, su poemario *El iris salvaje* (1992) fue acreedor del Premio Pulitzer el año siguiente de su publicación. Su estilo poético —despojado del rigor retórico— puede describirse como confesional, transparente e individualmente colectivo. Con esto último me refiero a su aguda habilidad por recoger experiencias universales en viajes que poseen un carácter íntimo. Louise Glück es una poeta de lo transparente, de lo existencialmente vertiginoso y de aquello que va pereciendo y dejando cráteres, ya sea en la vida propia o, más ampliamente,



en el mundo. Silencios, catástrofes, ausencias, despedidas, crisis, quiebres, apariencias expuestas a la luz del día, fracasos... La lista es extensa como extenso es el calibre de sus proyecciones, al ser una voz que no mutila, coarta ni maquilla las exasperantes verdades de la vida (como la vejez o la muerte).

En su ensayo “El jardín de Louise Glück”, publicado en *Periódico de poesía*, María Negroni describe así uno de los libros más emblemáticos de la autora:

*El iris salvaje* es uno de los libros más bellos escritos en Estados Unidos a fines del siglo xx. En él la poesía espera, como espera el vacío, como corolario o premio: “Una vez que todo me ocurrió, me ocurrió el vacío”. Si la gracia es la arquitectura de un alma capaz de conocerse a sí misma, el jardín de Glück la contiene. El terror humano a la muerte habita en él pero también el deseo indisoluble de ser absorbido por el todo, reverso de la nada. Después, sólo después, empieza la travesía, el viaje impar al fondo de las cosas, donde ni la felicidad ni el miedo emiten sonido alguno.

Asimismo, el tono de introspección en la Nobel es muy característico. Indagar en sus poemas es inmiscuirse en disquisiciones espirituales, en descubrimientos que están en su mayoría al alcance, pero que nadie se atreve a nombrar, como dice la escritora Isabel Navarro en su ensayo “Louise Glück: un Nobel a la epopeya de lo íntimo”:

Sus poemas son como cartas escritas a sí misma. Con un lenguaje transparente, a veces lacónico, sin preciosismo, disecciona su biografía sin mencionar apenas el contexto, yendo al núcleo mismo de los vínculos, que a veces se suspenden en un objeto o una cosa; en un detalle que es escisión. [...] Porque Louise Glück es una maestra de la escena, que suspende en un lugar indeterminado; anclando las epifanías a las ceremonias cotidianas, más como una atmósfera que como un recuerdo o un recuento.

*Averno*, para ese efecto, es un poemario en el cual abundan los recuentos de cosas, personas y situaciones que ya no están o ya no estarán. Desde el poema inaugural, “Las migraciones nocturnas”, se enuncia con un tono melancólico qué tanto merman en nuestra existencia las ausencias. Glück, como es recurrente en su trabajo, se vale de la naturaleza para expresar esa angustia, describiendo así las migraciones nocturnas de los pájaros: “Me entristece pensar/ que los muertos no las verán—/ esas cosas de las que dependemos/ desaparecen./ ¿Qué hará entonces el alma para confortarse?/ Me digo a mí misma que tal vez nunca más/ necesite esas delicias;/ que tal vez el simple no ser, aunque difícil de imaginar,/ es suficiente”. Es importante destacar en este poema el uso del paralelismo: existe una clara cercanía entre lo efímero de las migraciones y lo efímero de la vida. Ambos movimientos —el vuelo y la muerte— se declaran como un signo irrevocable; una vez que se producen cambian estados y percepciones, reviven anhelos. La voz poética, en su honda melancolía, amplifica el vacío inquiriendo qué hará el alma ante las desapariciones. Es como poner el dedo en la llaga, sólo que dicha llaga es una cicatriz inasible. El remate es sumamente impactante por la rapidez en el cambio de tono hacia uno estoico: asevera que el consuelo, tantas veces buscado, se encuentra cuando cesan los deseos, cuando

ya no se aspira a buscar más belleza, cuando el alma ha encontrado el vacío (o la muerte). En este último, se eliminan las dependencias y, por lo tanto, ya no hay necesidad de más búsquedas.

En el poema “Octubre” vuelve a hacer gala de su marcado estoicismo. Con él, Louise Glück deja patente cómo los humanos somos seres capaces de acostumbrarnos a los vacíos. Por ello, los versos son progresiones de cosas que mutan o desaparecen por completo. Sabemos, como especie, adaptarnos. Y los sentidos lo registran todo: “Con todo, las notas se repiten. Flotan de un modo extraño./ Anticipan el silencio./ El oído se acostumbra a ellas./ El ojo se acostumbra a las desapariciones”.

El poema continúa dejando expreso que el vacío, en muchas ocasiones, no se puede restituir. En ese caso, ¿qué puede hacer el artista? ¿Cómo describir eso que crea para sustituir una oquedad? La poeta evoca nuevos ecos de los abandonos y ausencias, y de la respuesta casi natural de la humanidad por crear a partir de dichas crisis. El silencio —una repercusión del vacío— deriva entonces en oportunidad. El ensimismamiento para la voz poética significa una puerta abierta a la creación, al reemplazamiento de lo que sea. La imagen de una casa vacía, desolada y hermética inaugura la posibilidad anterior. No se sabe con qué puede revitalizarse, pero la pregunta recuerda a la responsabilidad innata de crear:

La insulsa/ miseria del mundo/ nos atenaza, un callejón/ con hileras de árboles; somos/ compañeros aquí, sin hablar,/ cada uno con sus pensamientos/ tras los árboles, las puertas/ de hierro de las casas,/ las persianas cerradas/ en cuartos de algún modo vacíos, abandonados,/ como si fuera el deber/ del artista crear/ esperanza, pero ¿a partir de qué? ¿de qué?.

Por último, en el poema “Paisaje” (dividido en cinco cantos), Glück se expresa con mayor amplitud sobre el tema de la creación negativa. En oposición a los versos anteriores, en esta ocasión el sujeto poético se presenta como un humano capaz de engendrar vacíos. La destrucción es un foco que no sólo remite a la pérdida espacial, sino a la pérdida temporal. Lo arrasado, lo irrecuperable, la nada... Glück proyecta lacónicamente, pero con envidiable exactitud, lo perdido. En ese respecto, somos seres de la pérdida, y seres que no dimensionamos cuál será nuestro próximo vacío, pues la naturaleza nos ha parecido desde un inicio algo perenne. Aunque, en esta particularidad, resulta asombrosa esa anagnórisis espacial. Pareciera que la voz poética repara en los cambios de la naturaleza ante lo drástico del incendio (y, por ende, en los cambios de su vida). ¿Asumimos, como especie, lo diferente sólo cuando el vacío es tan inmenso que nos absorbe?:

A finales de otoño una niña prendió fuego a un campo/ de trigo. El otoño/ había sido muy seco. El campo ardió/ como yesca./ Después nada quedó./ Lo atraviesas sin ver nada./ Nada hay que recoger. Nada que oler./ Los caballos no logran entenderlo.../ Parecen decir: dónde está el campo,/ del modo en que diríamos tú y yo:/ dónde está el hogar./ Nadie sabe qué responderles./ No quedó nada:/ debes esperar, por el bien del granjero,/ que lo cubra el seguro./ Es como perder un año de tu vida./ ¿Por qué razón perderías un año de



tu vida?/ Después, vuelves al sitio de antes:/ no queda más que hollín, negrura y vacío./  
Piensas: ¿cómo pude una vez vivir aquí?/ Pero entonces era diferente,/ también el verano  
pasado. La tierra se comportaba/ como si nada malo pudiese ocurrirle./ Sólo hizo falta  
una cerilla./ Pero en el momento justo... tenía que ser en el momento justo./ El campo  
agrietado, seco:/ la ausencia de vida toma posesión/ por así decirlo.

Louise Glück es una poeta que potencia lo minúsculo y lo imperceptible. Como seres humanos tenemos vacíos que raras veces nombramos. Glück realiza tal proeza con una habilidad impresionante. Es una poeta sobre los silencios, los vacíos y las ausencias. Pero no sólo los nombra, sino que les otorga texturas, los hace protagonistas de preguntas cruciales y de espacios significativos para la humanidad. La poeta entiende a ésta como un agente capaz tanto de poblar los vacíos como de producirlos y de registrarlos en sus sentidos. Vacío viene a significar migraciones de pájaros, campos incendiados y silencios. Se puede asegurar al leerla que el vacío no está vacío, pues las oquedades siempre remiten a las interrogantes, a las alternativas, a los anhelos. Cada poema de *Averno* nos invita a acercarnos a las aristas imaginadas de tales regiones y ésa es su grandeza: arroja luces sobre dolores invisibles, traza una geografía impecable y reconocible sobre experiencias determinantes. El vacío, al ser visto, siempre devuelve algo. El vacío, a través de estos poemas, reluce y resucita. **P**





# Pocket abuelitas: una colección de memorias

ENTREVISTA Y FOTOGRAFÍAS DE URIEL DE JESÚS SANTIAGO VELASCO

*Cuando se habla de colecciones, suele pensarse en cosas materiales y temáticas. Si se busca la definición en internet, el común denominador entre los cientos de resultados son las palabras conjunto, acumulación y serie. Nunca se especifica si se trata solamente de objetos materiales o si lo intangible también puede coleccionarse (yo creo que sí). Aunque coleccionar es una suerte de azar, obsesión y dispersión, todos podemos darnos cuenta de que, en realidad, con el paso de los años, vamos acumulando una serie de vivencias y recuerdos que constantemente sacamos a relucir de manera oral y en los momentos cotidianos de la vida.*

*“Cada quién sabe qué carga en su propio costal” dice una frase popular, y es cierto, la mente del otro nos es ajena y por tanto misteriosa, por eso queremos saber las cosas que guarda. Cuando alguien comienza a evocar historias, le oímos fascinados; igualmente cuando abrimos nuestra colección de memorias, la contamos con el mismo ímpetu.*

*La oralidad es tan común, que a veces pasa desapercibida, entendió David Calderón Zonana Uziel Malca (Ciudad de México, 1998), un joven editor, compilador y ahora coleccionista, que pertenece a la comunidad judía, árabe y turca. Él trabaja en el proyecto Pocket Abuelitas, una serie de fanzines que, en verso y fragmentos, cuenta la historia de diferentes abuelas de la comunidad judía a través de sus recetas de cocina.*

*Hace un tiempo él trabajó en la editorial independiente Gato Negro Ediciones, donde hacían libros de artista y divulgación. “Se imprimen como 200 de cada uno, y es una aproximación muy experimental. Ahí aprendí mucho y me empapé de ideas creativas sobre cómo hacer libros”.*

*A la par, lleva mucho tiempo colaborando con Mónica Unikel, reconocida historiadora de la comunidad judía mexicana y principal promotora de las actividades culturales de la Sinagoga Histórica Justo Sierra 71, en el Centro Histórico de la Ciudad de México. Ahí organizan charlas, presentaciones de libros y, cada segundo domingo del mes, recorridos por el barrio de La Merced. Entre otras*



*cosas, intentan reconstruir, a partir de testimonios y fotografías, cómo era el barrio judío cuando ése era el barrio de los inmigrantes. “Con la perspectiva de que somos una cultura inmigrante que llegó a finales del siglo xx, y que son historias tanto judías como mexicanas, Mónica me enseñó a hablar no tanto de la Historia, sino de las historias. Ella empezó este proyecto sola, hace muchos años, entrevistando a la generación de los abuelos.*

*En el 2020, durante la primera ola de la pandemia por covid-19, David Calderón perdió a su abuelo materno y se quedó con una sensación de ausencia al darse cuenta de cuántas cosas le pudo haber preguntado y cuánto de su historia pudo haber archivado. Así nació Pocket Abuelitas, un proyecto en el que sintetiza lo que ha aprendido en la Sinagoga Histórica y en su paso por Gato Negro Ediciones.*



### *David, ¿cómo encontraste en la cocina este vínculo de identidad?*

Por lo menos en la comunidad judía de México, la comida tiende a estar atada al personaje de la abuela, y creo que ahí, en las recetas que mi abuela cocina, se derrama un poco esta identidad mezclada entre lo mexicano, lo turco, lo marroquí y lo judío, pero nunca se enuncia como tal y eso me encanta. También creo que la cocina propone un acercamiento no académico, institucional ni hegemónico a través de la memoria.

En cierta forma, el rol de algunas abuelitas en la comunidad judía en México ha sido funcionar como este núcleo que no solo reúne a la familia, sino todos estos sabores y saberes que han sido heredados de boca en boca y que cargan una historia oral muy antigua.

### *¿Cómo se dan los encuentros en torno a la mesa dentro de la comunidad judía?*

Los judíos —no todos— nos reunimos cada viernes en la noche al Sabbath, un día sagrado donde recordamos cómo Dios construyó el mundo en seis días y el séptimo descansó. Entonces estamos religiosamente obligados a descansar, pero la costumbre es que el viernes en la noche le damos la bienvenida al Sabbath, y nos reunimos principalmente en casa de la abuela: primos, tíos, hermanos, hijos, padres, todos. Y mi abuela siempre dice: “¿Cómo le hago para evitar que mis sobrinos, yernos, hijos y nietos discutan entre ellos? Pues los mantengo ocupados comiendo comida deliciosa”.

*Pocket Abuelitas comenzó a gestarse desde hace varios años, sin embargo, es reciente la publicación de los librillos, que ya son ocho, con las recetas y fragmentos de la vida de ocho abuelitas judías: Fortunée Calderón, Chela Nissan, Raquel Shabot, Adela Hop, Yola Kleiman, Flora Cohen, Clarisse Meschoulam y Judith Contente. David vio en la comida el vínculo perfecto para acercarse a conversar con sus mayores, porque dice que la comida es algo que todos hacemos, algo que nos une.*

### *¿Te costó trabajo que aceptaran contarte su vida?*

Todo empezó con la idea de poner a mi abuelita en un librito que yo me pudiera llevar a todas partes, pero me enfrenté a que le decía: “Quiero entrevistarte, que me cuentes tu vida”, y ella me sacaba: “Pero ¿qué te voy a decir?”. Entonces pensé que, para que ella no se sintiera así, podía abordarlo desde la cocina. Creo que es mucho más factible pedir: “Abuelita quiero que me enseñes una receta”, a decirle: “Quiero entrevistarte sobre tu vida”. Con la receta ni brinca, porque dice: “Tengo muchas y nadie me las ha pedido”, y les encanta, entonces he pensado en las recetas como la excusa para acercarme a estas mujeres que cargan sus historias de migración, de tradiciones muy antiguas, de familias que han sobrevivido muchos exilios, y que ahora están en México.

*¿Tu abuela, Fortunée Calderón, cómo tomó la idea del proyecto?*

Le pedí que me enseñara a hacer las borrequitas de jandrasho, que son un platillo que nos encanta, y me dijo: “Sí, vente un día y las hacemos”. Cuando fui platicamos un rato antes de cocinar y puse la grabadora. Luego, cuando cocinamos seguí grabando porque estas conversaciones se dan cocinando, giran en torno al fuego; es muy bonito cómo se entremezcla el sonido de la berenjena sancochándose, la licuadora, las instrucciones que me da mi abuela y sus recuerdos.

*Me llama la atención que es a partir de la pérdida de tu abuelo que tomaste conciencia de rescatar esas memorias...*

Creo que la pérdida siempre está ahí, aunque hay ciertos acontecimientos que nos hacen enfrentarnos a esa pérdida inevitable que existe en todas nuestras relaciones. Los abuelitos, quizás por la edad o por lo que entendemos de la vejez, nos hacen creer que la pérdida está aún más presente; son como una nostalgia inminente y fundamental en el amor que sentimos por ellos. Es un amor muy particular, yo siento que es una metáfora del amor que tenemos por el pasado, por el origen.

*¿Siempre has tenido ese amor por lo antiguo, por el pasado?*

Sí, cada cumpleaños mi hermana me hace el chiste de que me acerco más a mi edad real. Siempre he sido un poco rarito en ese aspecto, porque mis amistades suelen ser mayores. Me acuerdo que, cuando éramos chiquitos, en casa de mi abuela estaba





la mesa de los grandes y la mesa de los niños. Yo escuchaba la mesa de los adultos y quería estar ahí, al lado de ella, hacerle preguntas y que me contara cosas. Yo encuentro en la voz de los abuelos un tono, acentos que evidencian su migración, tonos que el acento de mi papá no tiene. Es algo que me genera cosquillas en el corazón, supongo que hay mucha gente que se identifica con eso. Yo puedo pasar horas y horas escuchando a mi abuelita hablar y como que me arrulla. Siento un contacto muy crudo con una versión vulnerable e infantil de mis sentimientos.

### *¿Por qué crees que te suceda eso?*

Yo creo que construimos esa relación con ellos toda la vida. Mi papá dice que su mamá era súper estricta con él, pero con sus nietos es muy dulce; yo siento que es así porque no tiene tanto la consigna de educarnos. En México tenemos una idea muy particular de los abuelos, de que nuestros ancianos son los que tienen la sabiduría, los que unen a la comunidad, a los que vamos para pedir lecciones, consejos, comida. Creo que ahí hay algo sumamente mexicano. El tema de los abuelitos toca al niño y a la niña que tenemos dentro.

### *¿Y por qué entrevistar a abuelitas y no abuelitos?*

El judaísmo se hereda por la madre, y me parece interesante que sea la mujer la que se encarga de esta labor identitaria, la que la hereda. Por lo tanto, sin caer en roles de género, porque todo cambia, es la mujer la que, de nuevo, une a la familia. Quizá por lo mismo a mí me interesan más las abuelitas que los abuelitos. Además, la historia institucional jamás se ha interesado en darle espacio a las mujeres, menos a las mayores; ellas se ven a sí mismas y dicen: “Pues yo soy una persona normal, soy una abuelita, qué te voy a contar”.

### *¿Buscas rescatar las historias de estas mujeres para una colección de memorias?*

Parte de mi intención con este proyecto es retar la idea de la historia institucional; no me interesa la Historia con H mayúscula, me interesa la memoria y buscar formas de archivarla. Con este proyecto me he planteado que mi rol no es de autor sino de editor, porque lo que hago es transcribir estos recuerdos. Me interesa que queden grabadas las palabras de mi abuela, su experiencia, las formas en las que habla, las muletillas que usa, cómo construye sus oraciones. Siento que ahí, en su forma de hablar, hay algo sumamente poético e histórico, y me parece muy importante encontrar formas para archivar eso como una historiografía. Yo diría que es un archivo de memorias que se pueden cocinar, una pequeña colección de historias.

### *¿Utilizas un formato como si estuvieras haciendo poemas de sus vivencias y recetas?*

Cuando empecé *Pocket Abuelitas* me pregunté cómo editar, cómo aplicar las reglas de redacción, porque cuando hablamos no lo hacemos con puntos y comas, sino que es

más fluido. Así que elegí que la RAE no entrara en mi proyecto, y decidí que todo lo que transcribiera sería en minúsculas porque no hay principio ni final. Le pongo por ahí algunas comas para que sea más fácil de leer, y el formato de poema le da cierta libertad a estos libros. Aunque en realidad yo hago fanzines, no estoy buscando que ninguna editorial me publique, ni siquiera estoy pensando en venderlos, busco compartir el amor que siento por mi abuelita. Publico en redes sociales estos libritos —en @pocketabuelitas— para que cada quien imprima su ejemplar. Yo hago mis libros con el teléfono para enseñarle a la gente que, a estas alturas, si tienes un teléfono ya puedes hacer libros, creo que vivimos en épocas muy emocionantes en cuanto a la edición.

*¿No son justo las personas mayores quienes piensan lo contrario respecto a los libros?*

Muchos piensan que, como ahora ya usamos mucho el teléfono y todo se está virtualizando, ya no hay espacio para los libros. Yo estoy en total desacuerdo, creo que nunca habíamos tenido tantas herramientas a nuestra disposición, y creo que nunca vamos a perder el deseo de contar historias —aunque sea de forma virtual— e imprimirlas.

*¿Por qué el nombre Pocket Abuelitas?*

Yo le dejé el *pocket* por pensar en Polly Pocket, pero también siento que hay algo en la contradicción de dos idiomas y que usemos anglicismos en este chilango vernáculo, y también en el hecho de que todas estas abuelitas son bilingües. De todas ellas, sus papás hablaban árabe, francés, yidis, ladino, turco, griego, y eso es lo que oían en sus casas, pero en la calle hablaban español. Me gusta que en el mismo nombre del proyecto conviva lo bilingüe, que es una parte esencial de la inmigración.

*¿Cuándo te diste cuenta de que el proyecto ya estaba aterrizado e iba para algo serio?*

Una vez teniendo el de mi abuelita empecé a contactar a otras, sobre todo de la comunidad judía de México. Primero con la mejor amiga de mi abuelita, luego ella me fue contactando con otra y así fui haciendo esta red. A cada una les he pedido que escojan una receta que para ellas sea importante, y entonces voy a sus casas, las entiendo, platicamos, cocinamos, tomo fotos. Eso lo transcribo, edito y lo convierto en estos libritos. Que son independientes, pero parte de esta colección constante.

*¿Qué te gustaría que sucediera con Pocket Abuelitas?*

Me gustaría que se expandiera, porque más que presentar un producto, me interesa presentar una actitud con nuestras abuelitas y nuestro pasado. Me gustaría que personas de distintos contextos vean esto y se animen a hacer lo mismo en su entorno, que entrevisten a sus abuelitas, que registren sus recetas y que las compartan.



*David Calderón Zonana Uziel Malca tiene 25 años, ama profundamente esta ciudad y los encuentros que facilita, “la palabra chido nace de aquí y sólo puede utilizarse en México”. Piensa que la identidad es racional, “yo siempre me identifico en función de la persona con la que estoy o del contexto en donde me encuentro, por eso mi identidad cambia todo el tiempo, de cierta forma es como un juego performativo, siempre dudo mucho cómo identificarme”. De lo que no duda es de la importancia del pasado, de la integración multicultural que se ha gestado en México y otros países con la comunidad judía, y de que “ahora más que nunca es el momento de contar buenas historias de judíos”.*

*“Nosotros estamos muy obsesionados con la historia, sobre todo con la historia familiar me encanta; yo puedo decirte los apellidos hasta de mis tatarabuelas. Me gusta utilizar, si puedo, mis cuatro apellidos, porque me gusta representar a mis cuatro abuelas, todas han sido parte de mi vida y ahí encuentro mi identidad”.*

*Sus abuelos y bisabuelos llegaron a México a principios del siglo xx “procedentes del medio oriente, donde habían vivido por siglos. Huían del Imperio otomano, mi familia es completamente de un contexto otomano”. Del lado de su papá, eran de Salónica, que entonces era la capital judía del Mediterráneo, incluso en algún punto la población judía en Salónica fue del 68 % del total. De manera que los sábados que es el Sabbat cerraban el puerto. Pero toda esta comunidad fue extinguida por los nazis, “mi familia logró escapar en los treinta, y ya no queda nada de evidencia del pasado judío ni del pasado musulmán, que también ha sido muy presente”.*

*Su abuelo paterno llegó directo a México, su abuela materna nació en Casablanca, Marruecos, con padres de Turquía. Ella vino a México cuando tenía 14 años, en 1946, en medio de la guerra. Su papá se había ido dos años antes a América, nadie sabe por qué terminó en México. Había dejado a su esposa de 33 años con sus dos hijos y una bebé*

*recién nacida en Salónica, se fue a Nueva York y tomó un tren a El Paso, y de ahí a la Ciudad de México, hasta que pudo juntar el dinero suficiente para poder traer a su familia.*

*¿Por qué México para venir a comenzar de nuevo?*

Más que una razón, hay muchas historias: en el Imperio otomano, a principios del siglo XX, ya se vivía una fuerte decadencia, había una crisis económica y muchas guerras antes de la Primera Guerra Mundial. En esa época el servicio militar era obligatorio para los jóvenes a partir de los 16 años, y dicen que a los turcos no les caían bien los judíos, entonces los ponían en las primeras líneas de las trincheras, lo cual significaba una muerte segura.

Más que una razón, hay muchas historias: migrantes que se subían a barcos que decían América y terminaban en el puerto de Veracruz en lugar de sus destinos. Me imagino que donde se les acababa el dinero tenían que quedarse, y en cuanto a uno le gustaba le avisaba a los primos, a los tíos, a los papás, y así se fueron jalando los unos a los otros. Yo agradezco todos los días que mi familia haya llegado a México.

*Pocket Abuelitas, más que ser un proyecto de su autoría, es para David un trabajo de edición: “Es una idea más que un producto, no me interesa la autoría porque creo que las ideas le pertenecen a más de una persona, y que nacen como un resultado de las relaciones que tengo, de pláticas con otras personas, del contexto”.*

*Y, como dice al final de cada entrega de estos libritos, los recuerdos y recetas de estas abuelitas judías son parte del legado de los inmigrantes en nuestro país. Son una colección de memorias. P*





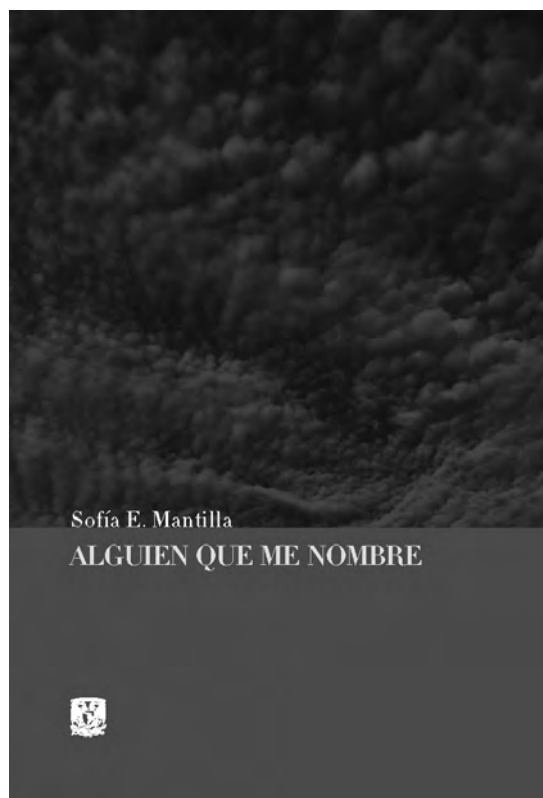
# Una guía en la bóveda celeste

ITZEL ROBLES

Estamos tan perdidos que pasamos el tiempo buscándonos afuera: algún reflejo preciso en la naturaleza, en los otros o, quizá, en las estrellas. “Eres tan escorpio”, “típico de leo” son expresiones que se repiten cada vez con mayor frecuencia para explicar ciertas actitudes de nuestros conocidos o incluso de nosotros mismos. Las estrellas, parece, saben o deberían saber. Desde hace siglos, buscamos y encontramos en el cielo figuras y formas que, además, cargan historias: Orión, Sirio, Lepus, Lira. Nombres celestes que resuenan en el imaginario cultural. Nombres que los personajes de la novela *Alguien que me nombre* adoptan como suyos, deseosos de encontrarse a sí mismos.

*Alguien que me nombre* es la primera novela de la autora argentina Sofía E. Mantilla (Buenos Aires, 1987), quien participó en el Primer Programa de Tutoría en Novela convocado por la UNAM. Su obra fue seleccionada entre todas las de esa generación para publicarse como parte de los resultados de este programa que impulsa la narrativa de autores jóvenes.

Esta novela experimental sigue la vida de Greta, una escritora fantasma que ha dejado la escuela después de una ruptura amorosa. La inestabilidad la lleva aceptar vivir en el sofá de Dai, una vieja conocida que también está pasando por una pequeña crisis económica. Es en ese nuevo ambiente que los hilos de esta novela, cuya complejidad se encuentra en su estructura experimental, comienzan a entrelazarse gracias al encuentro con Juan, un joven cuyo necrónimo lo ha llevado a renombrarse a sí mismo y a cuantos se lo permiten. Nombrarse, en esta obra, es todo un arte que para algunos resulta sencillo, mientras que para otros se torna un asunto resbaladizo. El nombre —el verdadero, el que debería ser señalado por las estrellas— no aparece y eso implica un presagio.



Sofía E. Mantilla  
*Alguien que me nombre*  
Dirección General de Publicaciones y  
Fomento Editorial / Dirección de  
Literatura y Fomento a la Lectura, UNAM  
México, 2022, 204 pp.

Desde sus primeras páginas, *Alguien que me nombre* inicia con los juegos que la hacen ser una novela experimental. Nos da la bienvenida la letra de una canción de género urbano. Una pista. “Mamita ven, que te voy a cazar, sh sh, nadie lo sabrá”. Una primera huella en el mapa de lectura que la autora teje hábilmente. Uno de los atractivos de la obra es que, gracias a una estructura que se va transformando conforme se avanza en las páginas, permite múltiples lecturas; un logro alcanzado a través de los juegos y niveles que se esconden en ella: a momentos parece un *bildungsroman*, luego cruza hacia los registros de las novelas de amor, sólo para aterrizar en una segunda parte que consigue aniquilar las lecturas previas. Entonces, lo que se perfilaba como una historia rosa —por decirlo de alguna forma— deriva en la resolución de un misterio a la par del surgimiento de un coro.

Al mismo tiempo, más allá de los acontecimientos de la trama, esta novela propone un intrincado tejido donde se unen tópicos relevantes para la cultura argentina, como cierta fascinación por los asesinos seriales de su tierra y la crisis económica y social, a lo que se añade un entramado de referencias literarias y astronómicas. Ahora bien, lo sorprendente es la liviandad con que fluye la novela a pesar de las múltiples y densas capas de elementos y significados que la componen. Mancilla sabe mantener el equilibrio gracias a una prosa sencilla y sin ornamentos, coherente con el universo donde la novela ocurre, así como con la visión de la joven narradora.

*Alguien que me nombre* es, pues, un decoroso debut literario que da cuenta de la inteligencia de su autora. Mezclar tantas texturas, hilos y recursos literarios no es tarea fácil, mucho menos cuando se trata de una primera novela, sin embargo Mancilla logra hilar todos los cabos haciendo significativo aquello que en un principio pudo pasar por algún detalle ínfimo. Esta novela revela una búsqueda por encontrarse a sí mismos en las estrellas y, en cierta medida, logra su cometido. ●



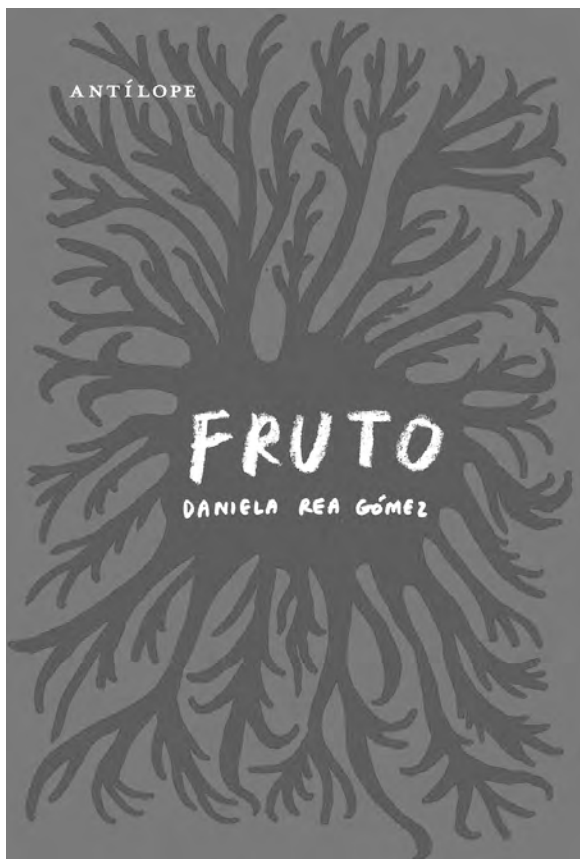
# Los cuidados sostienen al mundo

ALEGRÍA MENDOZA

He visto a mujeres leer *Fruto*, de Daniela Rea, mientras amamantan, en las siestas constantes pero breves de sus recién nacidos, en las pañaleras de jóvenes padres que se aventuran a una nueva vida, cargando a sus bebés en canguros. Forma parte de las recomendaciones de Twitter y no hay librería independiente que no lo tenga en la mesa de novedades. Así que, a pesar de mi resistencia a leerlo para honrar mi promesa de no caer en el *marketing* que nos empuja a leer el libro del momento, finalmente me dispuse a hacerlo.

A pocas páginas de haber comenzado, encuentro estas palabras: “Yo no conocí a mi mamá como mujer hasta que crecí, en mi juventud. Antes conocí a la mamá-mamá, a la mamá-esposa. Hasta entonces no pensé en la diferencia de ser una mujer y ser una mamá”. Pienso entonces que he llegado a la edad en la que mi madre se convirtió en madre. Pienso que me gustaría haberla conocido como mujer, como amiga, como persona y que no me he dado la oportunidad de hacerlo. Hasta ahora, al leer *Fruto*, me pregunto, ¿quién es ella? ¿Cómo conocer nuestras propias historias sin conocer las de ellas, las personas que nos cuidaron y criaron?

Daniela Rea comenzó a escribir este libro después de que nació su primera hija y las labores de cuidado y crianza comenzaron a aislarla del mundo. Fue entonces que decidió hacer lo que siempre ha hecho: periodismo. Así inició la búsqueda de historias que resonaran y conectaran con la suya, entrevistó a mujeres que han ejercido labores de cuidados y a las más cercanas de su vida: su madre, su hermana y sus hijas. De esta forma, llegan a nosotras las historias de Rosalba, Channi, Marie-la, Alejandra, Mónica, Fernanda, Avelina, Betsy, Laura, Jenny, Rosario, la de la propia Daniela Rea y sus hijas Naira y Emilia.



Daniela Rea Gómez  
*Fruto*  
Antílope  
México, 2023, 381 pp.

La metamorfosis de este libro lo llevó de ser un trabajo periodístico o documental a ser un texto donde se entretujan numerosas voces: desde aquellas más teóricas como la de Silvia Federici, bell hooks, Adrienne Rich, hasta otras más contemporáneas, como la de Tania Tagle y la de la autora, que nos guía a través de este entramado. Rea hace suya cada una de estas historias. Inserta en ellas su voz, sus opiniones, sus pensamientos y muestra la manera en que la vida de cada una la atraviesa a ella misma.

A través de *Fruto* no vemos solamente a una Daniela periodista, sino que conocemos a Daniela madre, a Daniela hermana, a Daniela hija. Desde la más absoluta vulnerabilidad, la autora nos permite entrar a esas facetas que, como mujeres cuidadoras, muchas veces deseamos ocultar. El cansancio, la frustración, el enojo, el arrepentimiento y la culpa tienen lugar en las intervenciones que realiza a los relatos de las entrevistadas, así como en los extractos de su diario personal. La decisión de introducir su propia voz en cada una de las historias hace de *Fruto* un caleidoscopio en el que encontramos un reflejo de nosotras mismas.

“No todas somos madres, pero todas hemos cuidado y sido cuidadas”, dice la autora. El posicionamiento político y crítico de este libro es sumamente importante. No se centra en las maternidades, sino en el trabajo de cuidados que ejercen las mujeres en nuestro país, pues no únicamente las personas que ejercen la maternidad cuidan, también lo hacen las hermanas mayores, las abuelas, las tías, las hijas. *Fruto* es un libro transgeneracional, como su autora lo define, que nos muestra que el cuidado es un círculo que se empalma con el ciclo de la vida. En algún punto, habremos de cuidar a quienes nos cuidaron cuando éramos totalmente dependientes.

Los motivos también son importantes. En un sistema necropolítico, en un país roto y atravesado por la violencia, las causas por las que se tienen que ejercer labores de cuidado incluyen la desaparición forzada, el feminicidio, la enfermedad mental y, también, sistemas de salud, de

seguridad y de justicia decadentes que no alcanzan a cumplir las demandas de la población.

Es verdad que detrás del cuidado está el amor, el cariño, la importancia de los vínculos que entablamos, y que cuidar es “poner al centro la vida y su persistencia”, sin embargo, también es cierto que las condiciones bajo las que se ejerce, tales como la soledad, la falta de remuneración (que puede llevar a una dependencia económica) o el poco o nulo reconocimiento de la importancia de esta labor pueden llevar a un desgaste en todas las esferas de quien cuida. “Cuidar te jode”, dice la hermana de Daniela Rea al ser entrevistada.

Entonces, ¿de qué otras formas podemos significar y entender los cuidados? De formas que no terminen por consumirnos, por jodernos. Incluso la palabra *sacrificio*, que está tan ligada a la manera en la que se nos dice que tenemos que cuidar, en su raíz etimológica proviene del latín *sacro* y *facere*, es decir, “hacer sagradas las cosas”. Sacrificar, entonces, como honrar, propone la autora.

Éste es un libro que, como lectoras, nos interpela, nos cuestiona, nos invita a ser críticas, pero también es un libro que apapacha, que abraza, que acompaña durante el proceso. *Fruto* abre muchas preguntas: ¿Cómo se construye el deseo de ser madre?, ¿quién cuida a quienes cuidan?, ¿de qué manera las redes de cuidado pueden ser más horizontales o más circulares?, ¿cómo construir vínculos justos de cuidados?

El trabajo de cuidados es mantener viva una vida, plantea Rea. No es una labor pequeña. En México esta labor, mayoritariamente ejercida por mujeres, representa más de una cuarta parte del PIB, de acuerdo con datos del INEGI. Las mujeres, a través de los cuidados, sostenemos al mundo. Pero no podemos seguirlo haciendo, no en estas condiciones, no en soledad. ♪

# TINTA SUELTA

## PUERTA

@CAOSILUSTRADO, 2023

CUANDO TENÍA 2 AÑOS LE PEDÍ A  
LOS REYES MAGOS UNA PUERTA

A VER MAMÁ  
ANOTA: QUIERO  
UNA PUERTA  
POR FAVOR



PARA QUÉ  
QUIERES UNA  
PUERTA??





@CAOSILUSTRADO / 2023

EL CARPINTERO ME HIZO UNA PUERTA PEQUEÑA CON MARCO Y ESCALONES



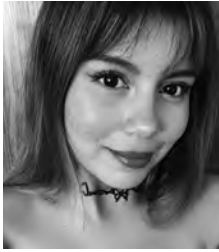
EL DÍA DE REYES, MI PUERTA ME ESPERABA ABAJO DEL ÁRBOL



© CAOS ILUSTRADO, 2023



## • COLABORADORES •



**Mariana Soto Almaguer** (Colima, 2006).  
Estudiante de preparatoria. Ganó el VII Concurso Nacional de Poesía Joven para Estudiantes de Bachillerato Escolarizado “Amapola Fenochio”, y el concurso La I.A. en 2050, convocado por el Tec de Monterrey y *Luvina*, en Ensayo.



**Omar Méndez Sámano** (Guanajuato, 1990).  
Licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UMSNH. Ganador del concurso de poesía Reto, Cultura y Arte Moroleón 2013. Fue becario del Seminario de Letras Guanajuatenses en Poesía (2017, 2021).



**Ana Paula Sierra Reyes** (Ciudad de México, 2001).  
Estudia Ciencias de la Comunicación en la FCPYS, UNAM. Ha publicado en el *Blog de los jóvenes de la Revista de la Universidad de México* y en *Blog Librópolis* de Universo de Letras.



**Clemente Guerrero** (Ciudad de México, 1990).  
Poeta y artista comunitario. Ha sido becario del FONCA y de la FLM. Ha colaborado en *Letras Libres*, *Este País*, *Punto de partida*, *Tierra Adentro* y el *Confabulario de El Universal*. Su primer libro es *Murciélagos* (2023).



**Joaquín de la Torre** (Ciudad de México, 1991).  
Autor de *Un cementerio que fue bosque* (2020).  
Obtuvo la beca de Residencias Artísticas en Montreal por el FONCA y el Conseil des arts et des lettres du Québec (2019), y Mención honorífica en el Premio Nacional al Estudiante Universitario Carlos Fuentes (2023).

©Yolanda Cistano



**Laura Sofía Rivero** (Ciudad de México, 1993).  
Ensayista y docente. Ganó el Premio Nacional de Ensayo Joven José Luis Martínez 2020, el Certamen Internacional de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz 2017 y el Premio Dolores Castro 2016. Es autora de *Dios tiene tripas* (2021) y *Enciclopedia de las artes cotidianas* (2022).

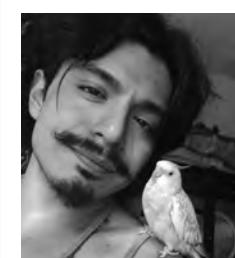


**Luis Fernando Rangel** (Chihuahua, 1995).  
Escritor y editor. *Cuando nuestros huesos sean fósiles* (2023) es su libro más reciente. Es parte de *Fósforo y Sangre ediciones*. Ganó el Premio Internacional de Poesía New York Poetry Press y el IV Premio Nacional de Poesía Germán List Arzubide.

✉ otorangel



**Itzel Romi** (Guadalajara, 1995).  
Licenciada en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara. Ha publicado en *Página Salmón*, *Larvaria*, *Letralia* y *Luvina*. Fue becaria del FONCA en Novela (2020–2021) y del PECDA Jalisco en Cuento (2022–2023).



**Adrián Cabrera** (Ciudad de México, 1997).  
Estudió Literatura Dramática y Teatro en la UNAM. Obtuvo el primer lugar del IX Concurso Caminos de la Libertad, y del 2° Concurso de Escritura Teatral de la Cátedra Nelson Mandela. Ganó el segundo lugar del Concurso 54 de Punto de Partida en Crónica, y mención en otras categorías.

📧 lacabraqueescribe



**Fabián Tapia Quintero** (Culiacán, 1997).  
Licenciado en Letras Españolas por la Universidad Autónoma de Chihuahua. Ha obtenido los estímulos FOMAC (2019) y PECDA David Alfaro Siqueiros (2021). Actualmente es promotor literario, escritor y corrector independiente.

📧 fabiantapiaescritor

## • COLABORADORES •



**Uriel de Jesús Santiago Velasco**  
(Oaxaca de Juárez, 2002). Es miembro corresponsal del Seminario de Cultura Mexicana. Estudia Antropología Social en la ENAH y Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. En 2022 ganó el Premio Nacional de Periodismo. Actualmente publica en *Confabulario* de *El Universal*.

✉ Urieldejesus02



**Alegría Mendoza**  
(Nezahualcóyotl, 1996). Fue finalista del I Concurso Internacional de Poesía Universitaria. Forma parte de la antología *Cuénticas* (2023). Ha publicado en *Página Salmón*, *Digo*, *palabra.txt*, *Cámara Rota Fanzine*, *Periódico de Poesía* y en el Blog *Librópolis* de Universo de Letras.



**Ausías Meza**  
(Veracruz, 1989). Escritor y traductor. Durante dos años, fue becario de la Fundación para las Letras Mexicanas.

**Sara Herrmann Estudillo**  
(Puebla, 2000). Estudió en la BUAP. Actualmente trabaja como diseñadora gráfica.



## ○ TINTA SUELTA



**Sofía Altieri "Caos Ilustrado"**  
(Puebla, 1994). Es dibujante y muralista.  
 @caosilustrado  
 ✉ sofiaaltieri



# CONCURSO **55** punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS



Diseño: María del Carmen Martínez. Ilustración: María del Carmen Martínez.



1. **Podrán participar** estudiantes de México y el extranjero que cursen bachillerato, licenciatura o posgrado en cualquier institución de la República Mexicana.

2. **Los materiales se recibirán en la dirección de correo electrónico** [concursopuntodepartidaunam@gmail.com](mailto:concursopuntodepartidaunam@gmail.com), con el asunto **CONCURSO 55 DE PUNTO DE PARTIDA**.

3. **Los trabajos deberán ser inéditos, no haber sido premiados anteriormente y estar firmados con un seudónimo que no revele la identidad de quien participa.** En el caso de los textos, deberán estar escritos en computadora, a doble espacio, en cualquier tipografía a 12 pts., con márgenes estándar, **en formato PDF**. En el caso de los trabajos de gráfica, fotografía y narrativa gráfica, las imágenes (en formato JPG o PNG) se recibirán en **un solo archivo comprimido en formato RAR o ZIP**. La nomenclatura será la siguiente: **categoría\_título del trabajo\_seudónimo.pdf**, para los textos; **categoría\_título del trabajo\_seudónimo.rar** o **categoría\_título del trabajo\_seudónimo.zip**, para fotografía y narrativa gráfica; y **categoría\_título del trabajo\_técnica\_seudónimo.rar** o **categoría\_título del trabajo\_técnica\_seudónimo.zip**, para gráfica.

4. Además de los trabajos, quienes participen deberán enviar, en el mismo correo, **un archivo PDF con los datos siguientes:**

Nombre completo de quien participa • Seudónimo • Rubro en el que concursa • Título del trabajo • Escuela • Número de cuenta o matrícula • Cualquier documento, escaneado o fotografiado de modo que sea legible, que acredite a quien participa como estudiante: credencial, tira de materias, comprobante de estudios, carta de pasante o constancia reciente de registro de tesis (el documento deberá tener vigencia durante el período de recepción de este concurso) • Domicilio particular (calle, número, colonia, alcaldía o municipio, estado y código postal) • Teléfono • Dirección de correo electrónico.

El archivo con esta información deberá tener la siguiente nomenclatura: **DATOS\_categoría\_título del trabajo\_seudónimo.pdf**

5. **El tema de los trabajos es libre** y su extensión deberá ser la siguiente:

• **Crónica:** de cinco a diez cuartillas • **Cuento:** de cinco a diez cuartillas • **Ensayo de creación** (no artículo académico): de cinco a diez cuartillas • **Fotografía\***: una serie temática comprimida en un archivo RAR o ZIP que contenga de cinco a diez originales tamaño 8 x 10 pulgadas

(576 x 720 píxeles en 72 DPI) en blanco y negro • **Gráfica\***: una serie temática comprimida en un archivo RAR o ZIP que contenga de cinco a diez originales en formato 1/2 carta (490 x 612 píxeles en 72 DPI), a una tinta, en cualquiera de estas técnicas: estampa, dibujo o gráfica digital • **Minificción:** máximo dos cuartillas • **Narrativa gráfica\***: una historia autoconclusiva, a una tinta, de entre cuatro y seis páginas cuyas proporciones permitan su publicación en *Punto de partida* (medidas de la revista: 20 x 25 cm), en cualquier técnica y en una resolución de 72 DPI; las páginas serán agrupadas en un archivo RAR o ZIP para su envío • **Poesía** (una serie de poemas o un solo poema); de cinco a diez cuartillas.

\* La resolución a 72 DPI requerida en estas bases sólo será utilizada para la evaluación digital de los materiales por parte del jurado. Quienes participen deben prever que, después de dar a conocer los resultados, **se solicitará a las personas premiadas que envíen sus archivos en formato JPG, 300 DPI, para su publicación en la revista impresa *Punto de partida*, en los tamaños siguientes: fotografía: 8 x 10 pulgadas; gráfica: tamaño 1/2 carta; narrativa gráfica: 20 x 25 cm.**

6. **Sólo se podrá participar con un trabajo por categoría.** En caso de enviar a más de una categoría, se deberá participar con un seudónimo distinto.

7. Los trabajos que no cumplan con lo especificado en estas bases serán descalificados.

8. **Todos los trabajos no ganadores, así como sus datos, serán eliminados.** Los jurados de las distintas categorías sólo tendrán acceso a los trabajos participantes, no a los datos de quienes concursen.

9. **La fecha límite de recepción** es el **lunes 11 de marzo de 2024 a las 23:59 (horario de CDMX)**.

10. **Se otorgarán dos premios** (primer y segundo lugar) en cada categoría. El **primer lugar recibirá \$ 8,000.00 (OCHO MIL PESOS M.N.)**; el **segundo lugar recibirá \$ 6,000.00 (SEIS MIL PESOS M.N.)**. Ambos premios incluyen la publicación del trabajo ganador en la revista *Punto de partida*.

11. **El jurado podrá otorgar las menciones** que considere pertinentes en cada categoría. Estas recibirán un reconocimiento en *Punto de partida* **no se compromete a publicar los trabajos que obtengan menciones.**

12. **El jurado estará compuesto** por personas de trayectoria reconocida.

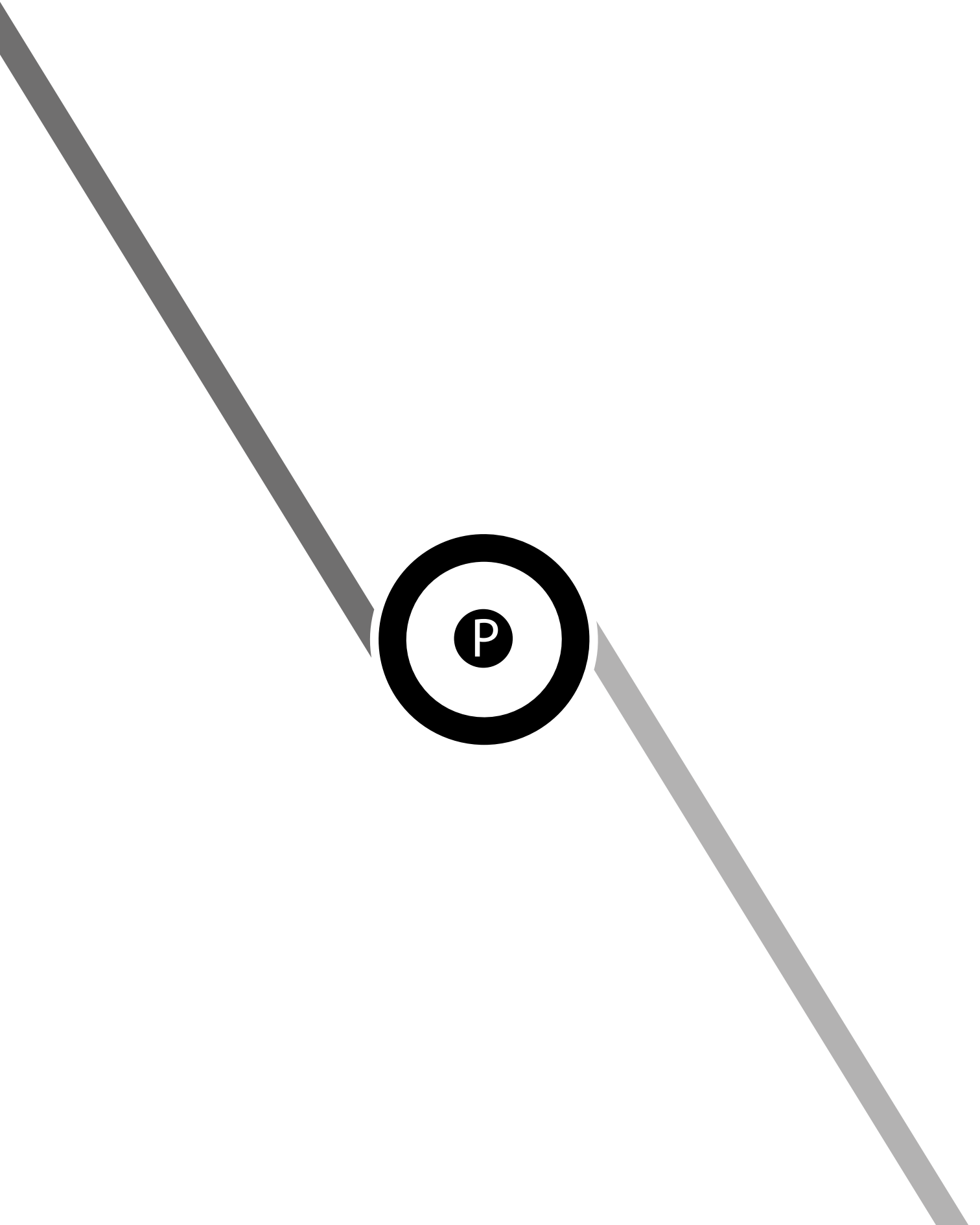
13. El fallo del jurado será inapelable. **Los resultados se publicarán en junio de 2024 en** [www.puntodepartida.unam.mx](http://www.puntodepartida.unam.mx).

14. **La participación en el concurso** implica la aceptación de las presentes bases. Los casos no previstos serán resueltos por la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura de la UNAM.

Informes en [concursopuntodepartidaunam@gmail.com](mailto:concursopuntodepartidaunam@gmail.com)  
[www.literatura.unam.mx](http://www.literatura.unam.mx) | [www.puntodepartida.unam.mx](http://www.puntodepartida.unam.mx)

[f @Puntodepartidaunam](https://www.facebook.com/puntodepartidaunam) [i @P\\_departidaunam](https://www.instagram.com/puntodepartida_unam) [i @puntodepartida\\_unam](https://www.instagram.com/puntodepartida_unam)







LITERATURA UNAM

